

# PAÍSES ANDINOS

## EL SISTEMA DE PARTIDOS EN BOLIVIA (1952–2015): DEL PARTIDO HEGEMÓNICO AL PARTIDO PREDOMINANTE

Salvador ROMERO BALLIVIÁN\*

SUMARIO: I. *Introducción.* II. *La revolución y el sistema de partido hegemónico.* III. *El retorno a la democracia y el difícil acomodo de las nuevas piezas del sistema partidario (1978-1985).* IV. *El sistema partidario entre 1985-2005: los éxitos y el fracaso de la construcción de un sistema de pluralismo moderado.* V. *Evoluciones desde 2005: el colapso del sistema partidario moderado y la emergencia de un partido predominante.* VI. *Conclusiones: la competitividad, la polarización y la concentración del voto en el largo plazo boliviano.* VII. *Bibliografía.*

### I. INTRODUCCIÓN

La trayectoria del sistema de partidos boliviano desde 1952, cuando triunfa la revolución conducida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), hasta 2015, cuando Evo Morales del Movimiento Al Socialismo (MAS) asume su tercer mandato, se caracteriza por su historia turbulenta, con cambios bruscos de orientación. La evolución accidentada no implica la imposibilidad de distinguir periodos o de encontrar pautas explicativas. El paso de una fase a la otra se comprende a la luz de cambios políticos, sociales, económicos, intelectuales e institucionales, muchos de los cuales hacen eco a profundas evoluciones internacionales.

La evolución del sistema de partidos de Bolivia se puede ordenar en cuatro etapas. La primera cubre el periodo revolucionario, desde 1952 hasta el derrocamiento del jefe del MNR Víctor Paz Estenssoro en 1964. Fue un sistema controlado por el MNR, que actuó como

\* Universidad Católica Boliviana, Bolivia.

partido hegemónico, que impuso un sistema nacional popular: democratizador e inclusivo pero poco pluralista, centralizador y con una economía controlada por el Estado.

La segunda se abre en 1978, con las elecciones presidenciales que marcaron el arranque de la caótica transición a la democracia, con una alternancia de golpes de estado y elecciones, y concluye en 1985. El sistema de partidos se polarizó, fragmentó pero al mismo tiempo inauguró una inédita fase de competitividad. Predominaron concepciones instrumentales de la democracia; el sindicalismo y las Fuerzas Armadas mantuvieron un papel clave en la política y continuó el dominio del Estado en la economía. Este esquema se desmoronó durante el primer gobierno democrático (1982- 1985), dirigido por Hernán Siles Zuazo, líder de la Unión Democrática y Popular (UDP).

La tercera se desarrolla entre las elecciones de 1985 y 2005 y la abre el último gobierno de V. Paz. En reacción al hundimiento del modelo previo, se promovió la democracia procedimental y de instituciones, se revalorizó el papel de los partidos y se construyó un sistema multipartidista ordenado, competitivo y moderado. Se implementó una economía abierta, un multiculturalismo moderado y se descentralizó el Estado. Este modelo colapsó durante la segunda gestión de Gonzalo Sánchez de Lozada, líder del MNR, cuya renuncia en medio de la convulsión social y la polarización política puso en entredicho los valores que simbolizaba (2003).

Quedó expedito el camino para otro cambio de rumbo, que se produjo en 2005 con el triunfo presidencial de Morales del MAS, que emergió como partido predominante sobre las ruinas del sistema partidario. El MAS se alejó de la democracia liberal, generó un esquema de poder más concentrado, apuntaló el papel del Estado en la economía y la sociedad, alentó el fortalecimiento y la politización de las identidades étnicas de matriz indígena, desconfió de los partidos para privilegiar a los movimientos sociales.

El texto busca explicar la trayectoria del sistema de partidos, siguiendo las líneas descritas. El inicio en la revolución de 1952 tiene una doble justificación: por un lado, el sistema de partidos de la transición democrática es hijo directo de ese proceso político, por otro lado, el periodo del MAS ofrece una reminiscencia del tiempo revolucionario. Para la descripción del sistema, se utilizan igualmente variables como la concentración o dispersión del voto, la estabilidad o la volatilidad electoral, la competitividad de los comicios, la pola-

rización, la naturaleza del vínculo entre los partidos y la ciudadanía, la estructura de los partidos. En la medida que existen pocos trabajos exhaustivos sobre el sistema de partidos boliviano (Romero Ballivián, 2010a: 39-50), la investigación ofrece una mirada panorámica y coloca los hitos de esa historia, marca las continuidades, los puntos de inflexión y las innovaciones, lo que facilita la comparación con los otros sistemas de partidos de la región.

El capítulo se organiza alrededor de cinco secciones. La primera estudia el sistema de partido hegemónico del MNR instaurado en la revolución de 1952. Después analiza la etapa 1978-1985, cuando prevaleció un sistema fragmentado y crecientemente competitivo; luego la fase 1985-2005 en la cual se construyó un sistema moderado y, al final, a partir de 2005, cuando el derrumbe del sistema de partidos permite que el MAS se convierta en un partido predominante. La conclusión esboza la evolución conjunta de la competitividad política, la polarización, la concentración y la estabilidad del voto.

## II. LA REVOLUCIÓN Y EL SISTEMA DE PARTIDO HEGEMÓNICO<sup>1</sup>

### 1. *Contexto*

En 1952, la historia boliviana se quebró en dos, antes y después, del triunfo de la revolución comandada por el MNR. Tras la derrota en la guerra del Chaco frente al Paraguay (1932-1935), se organizó la primera generación de partidos del siglo XX que se plantó como una alternativa a la sociedad liberal, acusada de perder el conflicto bélico (Romero Ballivián, 2010b: 146-152). Esa generación contó con dos alas. En la nacionalista, se ubicaron el MNR y la Falange Socialista Boliviana (FSB); en la marxista, el Partido Obrero Revolucionario (POR) y el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR).

En los años posbélicos, el antagonismo se agudizó entre los defensores del *statu quo* y los promotores del cambio, a la postre encabezados por el MNR (Klein, 1968). Golpes de estado de uno y otro signo, fracasados o exitosos, masacres de mineros, levantamien-

---

<sup>1</sup> Los términos de sistema de partidos hegemónico y predominante son utilizados siguiendo las categorías de Sartori (1992). Los términos de partidos de comité, de notables y de masas se adecúan a los conceptos elaborados por Duverger (2000).

tos indígenas, persecuciones y exilios políticos, elecciones excluyentes, marcaron los años cuarenta. Paradójicamente, en ese ambiente tenso, el MNR ganó la presidencial censitaria de 1951. Por vez primera, la oposición triunfaba en unos comicios generales, subrayando la franca voluntad de cambio. El temeroso gobierno conservador optó por entregar el poder a las Fuerzas Armadas, una salida que sólo caldeó los ánimos.

Al año siguiente, obreros, mineros, policías y sectores de la clase media, dirigidos por el MNR, vencieron en las calles al Ejército y a los partidos que encarnaban el orden establecido. La revolución instaló sólidamente en el poder al MNR, que bajo el gobierno de V. Paz implantó el nacionalismo revolucionario, que caracterizó a América Latina en el siglo XX (Touraine, 1988), moldeó la política, la economía y la sociedad por décadas y provocó unos de los cambios sociales más profundos de América Latina, con consecuencias probablemente más hondas que las dejadas para su país por la Revolución mexicana (Halperin, 1987: 487).

En el campo político, la revolución decretó el sufragio universal, que amplió la ciudadanía, cumplió con un requisito de cualquier régimen democrático e incorporó a los sectores mayoritarios de la población a la política institucional. Para el MNR y para la visión que legó sobre el periodo, lo importante fue que los grupos excluidos accedieron al voto, más que lo hiciesen en condiciones ya reputadas básicas en la teoría democrática: que cada sufragio fuese respetado en una competencia abierta e imparcial, y expresase libremente la voluntad individual. Al mismo tiempo, si la sociedad se volvía más democrática en el sentido descrito por Alexis de Tocqueville (1957), es decir, avanzó hacia una percepción más igualitaria de las relaciones entre sus miembros más allá de las posiciones que ocupan, el régimen no era auténticamente pluralista o liberal. En ese sentido recordó al régimen revolucionario mexicano, autoritario, pero política y socialmente flexible e incluyente (Gómez Tagle, 2007: 150). Sus adversarios se encontraron intimidados, cuando no exilados, perseguidos, encarcelados y excepcionalmente, asesinados.

En la economía, el MNR nacionalizó las grandes compañías mineras, concedió al Estado el control de los sectores “estratégicos” aunque en simultáneo alentó el desarrollo de una “burguesía nacional” en la minería mediana y la incipiente agroindustria tropical. En el terreno social, aprobó una extensa reforma agraria en el altiplano y los valles,

y formó un sindicalismo campesino colocado en la órbita del partido. Estableció un vínculo estrecho con la Central Obrera Boliviana (COB), fundada a la sombra de la revolución de 1952 y que reagrupaba a todos los sindicatos. Por último, los programas de alfabetización multiplicaron por tres el número de estudiantes entre 1951-1964 (Cajías, 1998: 48). Los ejecutó en español, apegado al ideal de una nación homogénea de mestizos, en la cual las diferencias de origen, cultura o etnia fueran secundarias.

El régimen del MNR se extendió por doce años, entre la revolución de 1952, cuando su control fue completo, y 1964, cuando V. Paz fue derrocado por las Fuerzas Armadas. Para ese momento, el partido se había dividido, menos alrededor de cuestiones ideológicas —sobre las cuales las disputas alcanzaron también intensidad— que sobre la candidatura presidencial. Se mantuvo cohesionado en 1956 cuando se designó como candidato a Hernán Siles, pero la decisión de V. Paz en 1960 de buscar un segundo mandato provocó el alejamiento de Wálter Guevara y la reelección en 1964 colocó al frente a los principales dirigentes (Guevara, Siles y Juan Lechín, vicepresidente de Paz en el periodo 1960-1964 y máximo líder de la COB).

Las querellas intestinas repercutieron y fragmentaron al movimiento campesino, imbricado con el partido, los mineros volcaron la espalda, insatisfechos con el viraje conservador del MNR, y en las ciudades, principales bastiones opositores, la resistencia crecía. El golpe de Estado provino de las entrañas mismas del poder. Fragilizado en la búsqueda de la reelección, V. Paz cedió la vicepresidencia a los militares. Su acompañante, el general René Barrientos, lo derrocó tres meses después, con el apoyo, al menos tácito, de importantes dirigentes del MNR y de los opositores tradicionales a ese partido. Bolivia se sumó a la ola de gobiernos militares que se impusieron en la región (Argentina y Perú, 1962; Honduras, 1963; Brasil, 1964; entre otros).

## 2. *Un sistema de partido hegemónico*

Tras su victoria en 1952, el MNR se encontró dueño absoluto del poder y de un poder que centralizó alrededor suyo y del Estado. El Ejército quedó derrotado y en los primeros años revolucionarios, milicias de mineros y campesinos desfilaban y actuaban en nombre del partido. La nacionalización de las grandes minas y la liquidación de los latifundios eliminaron cualquier contrapoder económico privado. Los viejos par-

tidos Liberal y Republicano se diluyeron en un ambiente de movilización de masas para el cual no estaban preparados, ningún otro partido de la primera generación podía disputarle la orientación del país.

Con tal triunfo y la amplitud de las transformaciones, probablemente nada hubiese impedido que se convirtiera en un sistema de partido único, pero el MNR se mantuvo en los marcos conceptuales de la democracia liberal (Malloy, 1989: 221-222). Cuando impuso el sufragio universal, destinándolo para la elección directa de la Presidencia de la República y convocó a elecciones al cabo de los cuatro años de gestión de V. Paz, selló el curso de la revolución. En efecto, fundó su legitimidad en la elección menoscabada de 1951 y desdeñó fijarla en el triunfo conseguido en las calles. Ancló a la Bolivia revolucionaria en los principios de la democracia representativa, en los cuales la competencia por el poder se dirime a través de elecciones entre partidos independientes los unos de los otros.

Al mismo tiempo, por el peso de la tradición, la fuerza de los hechos y su propia vocación de poder, el MNR encaja en la categoría de “partido hegemónico pragmático”, un partido que en elecciones de competitividad limitada “tiene que ganar de todas formas” (Sartori, 2005: 288), por el férreo control institucional y las porosas fronteras entre la organización y el Estado. Por lo tanto, el debate sobre cómo cambiar las estructuras del país, la falla geológica que dio origen a la primera generación, no se produjo entre las organizaciones de esa primera generación contra los partidarios del antiguo orden, ni entre los partidos nuevos: ocurrió en el seno del MNR, cuya filosofía nacionalista y de alianza de clases se acomodaba a corrientes de izquierda como de derecha.

Si algunas medidas gozaban de consenso, como la nacionalización de las minas, otras desataron cerradas disputas, como los alcances de la reforma agraria, alentada por el ala izquierda, con el apoyo de la COB y los cuadros trotskistas del POR y los del PIR prosoviético que optaron por el “entrismo” en el partido gubernamental (Möller, 2001: 40-48). En la efervescencia revolucionaria, el ala derecha quedó a la defensiva pero se recuperó con el acercamiento del régimen a los Estados Unidos, los correctivos para detener la inflación bajo recomendaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), el progresivo desmantelamiento de las milicias obrero campesinas.

Los otros partidos quedaron confinados a un papel secundario. El MNR no requería de ninguno para gobernar, no concebía seria-

mente la posibilidad de una alternancia y mantuvo la tendencia de organizar la sucesión presidencial entre los dirigentes partidarios. Esta inclinación sugería en el país una cierta capacidad de resistencia de la institucionalización partidaria frente al caudillismo,<sup>2</sup> por más que este fuese fuerte en la política boliviana y latinoamericana, por razones institucionales, ligadas al presidencialismo, y culturales (Mansilla, 1997: 137-150). El partido revolucionario conservó igualmente la costumbre de los gobiernos monocolors e innovó en otras áreas.

Una vez en el poder, fue la organización que llevó más lejos la construcción de un partido de masas. Se abrió a una militancia numerosa, que descubría en simultáneo las distintas facetas de la integración política (el voto, la militancia partidaria, la afiliación sindical, el trato con la administración pública), estableció secciones hasta en los cantones más pequeños y en los comandos funcionales encuadró a sectores populares y de clase media. Como los regímenes nacional-populares, concentró la estructura estatal, sindical y partidaria bajo su mando. El rasgo resaltó en el campo, donde tejió vínculos orgánicos con los sindicatos, al grado que líderes rurales podían superponer funciones directivas en el MNR, en los sindicatos agrarios y cargos administrativos locales; fue menos cierto en el sindicalismo minero, que conservó mejor su autonomía, gracias al vigor de las corrientes marxistas en su seno.

La centralización del poder alrededor del Estado y el sufragio universal impulsaron la centralización del poder partidario y el fortalecimiento de las estructuras organizativas internas. Los partidos prerrevolucionarios eran organizaciones de comité y de notables, relativamente descentralizadas, por más que en las jefaturas fuesen visibles los caudillos. El MNR creó la estructura partidaria más grande y compleja de la historia boliviana. Este modelo repercutió sobre las otras organizaciones e influyó en cómo se organizaron los partidos siguientes. Concentró el poder en la dirección nacional, aunque paradójicamente su funcionamiento, con tendencias ideológicas dinámicas, y la misma estructura del país, con movimientos regionales vigorosos (Roca, 1999) y un organizado movimiento popular, ofreció oportunidades a dirigentes locales o sectoriales para crear sus parcelas

---

<sup>2</sup> En el periodo 1880-1951, el único presidente que se reeligió, y de manera no inmediata, fue el liberal Ismael Montes (1904-1909; 1913-1917).



de poder. Incluso, en las candidaturas legislativas, hubo un “informal sistema de cuotas por sector social” (Rodríguez, 2012a: 104).

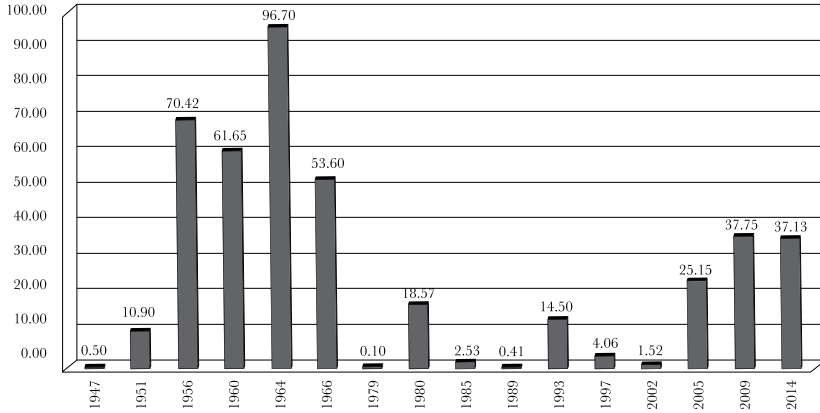
La centralización del poder en el presidente y en la dirección nacional partidaria del MNR pasó igualmente por la supresión de hecho de las elecciones municipales existentes hasta la revolución, y el nombramiento presidencial directo de los alcaldes. Se produjo también por el reemplazo de las diputaciones uninominales provinciales, que posibilitan construir bastiones políticos personales, por la elección de parlamentarios en listas departamentales cerradas y bloqueadas, que fortalece el poder del nivel nacional, encargado de confeccionar las nóminas, promueve la disciplina partidaria, solidifica las estructuras de la organización (Alcántara Sáez, 2006: 42). Además, el hecho que la papeleta presidencial sirviera, después de definir la titularidad del Poder Ejecutivo, para elegir a los parlamentarios (diputados y senadores, en circunscripción departamental) terminó por reunir el poder en la jefatura nacional.

### *3. El estreno del sufragio universal, la concentración de un voto estable, poco competitivo y la polarización asimétrica*

Los puntos señalados ayudan a comprender la dinámica del sistema partidario y de las elecciones entre 1952-1964. La participación con el flamante voto universal fue alta, en términos absolutos y porcentuales. Entre 1951 y 1956, la cantidad de electores que acudieron a las urnas creció 7.5 veces (la de inscritos tuvo un aumento menor, de 4.6 veces), mostrando la magnitud del proceso de inclusión social y política. La tasa de participación de 85.3%, fue sólo una de las dimensiones de una sociedad muy movilizada que recibía y exigía nuevos derechos, se aliaba con el gobierno pero también lo confrontaba, exhibía su poder con milicias armadas desfilando en la plaza Murillo, sede del palacio de gobierno.

La concentración del voto detrás del MNR fue la tónica en las tres presidenciales (1956, 1960, 1964) y en las dos legislativas de medio mandato (1958, 1962). El partido gubernamental reunió con rotundidad la mayoría absoluta de los sufragios. Obtuvo al menos 75% y una diferencia de al menos 60 puntos con respecto al segundo. La tabla 1 que mide la diferencia en el porcentaje entre el primer y el segundo candidato en la elección presidencial es elocuente.

*Gráfico 1*  
Margen de victoria en las elecciones presidenciales  
1947-2014



Calculado según la distancia entre las dos candidaturas más votadas.

Fuente: elaboración para esta investigación con Javier Pérez Mendieta, graduado del Máster de Ciencia Política de la Universidad de Salamanca, España.

Sirve de ejemplo la presidencial de 1956. Siles recibió 84.2% de los sufragios, dejó en un lejanísimo segundo lugar a FSB (14%), que llevó las banderas de la oposición conservadora y se convirtió en el acérrimo adversario en un sistema que funcionó, en la práctica, como un bipartidismo desequilibrado, enfrentado en las urnas y en todos los escenarios. Atrás quedaron los partidos marxistas con una votación mínima: 1.3% para el PCB, 0.2% para el POR. Las formaciones prerrevolucionarias ni siquiera se presentaron. Durante el periodo, el número efectivo de partidos en el área electoral fue reducido, menor a dos, y el número efectivo de partidos parlamentarios aún menor.

Las ya abrumadoras victorias en papeletas se ampliaron en escaños, casi en independencia del sistema proporcional para elegir diputados o del mayoritario para senadores. Así, en los comicios de 1960, con una votación de 76.1%, el MNR concentró 85.2% de los diputados y la totalidad del Senado. La volatilidad electoral fue escasa, la menor en el periodo 1951-2014; igual que la competitividad de las elecciones. Por ello, no resulta fácil establecer conclusiones definitivas sobre el comportamiento de los votantes en ese periodo, aunque indiscutiblemente, gracias a las medidas de cambio, el MNR gozó de una amplia, sólida y entusiasta popularidad.

Al mismo tiempo, el MNR prolongó las prácticas previas: puso al aparato estatal y a los recursos públicos a favor de su candidato y manipuló el voto, se preocupó poco por respetar la exacta voluntad de los electores. Restringió las tareas de los opositores, que se podían mover con libertad sólo en algunas áreas y les costaba desarrollar el proselitismo en las zonas rurales. Hay un doble consenso entre los historiadores: el MNR alteró datos de los comicios sin necesitarlo pues contaba con un apoyo abrumador, proveniente de forma preponderante de los ciudadanos beneficiados con el derecho al voto (Mesa *et al.*, 1997: 615-616).

El autoritarismo electoral se acentuó a medida que el MNR se debilitaba y fragmentaba: en 1960, la competencia provino de FSB y del ala disidente encabezada por Guevara. Aun así, de acuerdo a los datos oficiales, V. Paz recibió 76% de los votos contra 14.4% para Guevara y 8.1% para FSB. En 1964, el conjunto de la oposición, en la cual ya figuraban la mayoría de los líderes movimientistas como Lechín, Guevara o Siles, se abstuvo, para privar de legitimidad la cantada reelección de V. Paz, conseguida luego de una reforma constitucional.

La concentración del voto se mantuvo de forma cada vez más artificial y en un contexto de creciente descontento. En esas condiciones, con la complicidad activa o pasiva del organismo electoral, la manipulación del voto se hizo obvia: ¡en 1964, se impidió a la oposición retirar sus candidatos y V. Paz reunió 97.8% del sufragio válido y más del 85% de los emitidos! Pese a la apabullante victoria, apenas tres meses después V. Paz partía al exilio, depuesto por los militares, sin que el país se convulsionara demasiado.

En la década de 1950 y en la primera mitad de la década de 1960, el sistema partidario vivió una polarización asimétrica entre el MNR, con un extenso respaldo rural, minero y de los barrios populares, y FSB, apoyada en clases medias urbanas y áreas rurales más periféricas y poco pobladas del oriente. El antagonismo tuvo una cara electoral, pero desbordó ese marco institucional. En efecto, en el inicio de la revolución, el MNR confinó a militantes falangistas en duros campos de prisioneros, y después del cierre, los acosó y hostigó. Por su parte, FSB intentó desalojar al MNR mediante magnicidios o golpes de estado: en el intento fallido de 1959, murió, en condiciones nunca esclarecidas entre suicidio o asesinato, su jefe Óscar Únzaga de la Vega.

De menor impacto para el sistema político fueron las relaciones de los partidos marxistas con el MNR, oscilantes entre apoyos a la

gestión y disputas por el sindicalismo minero u obrero. Si el oficialismo contaba con Lechín, secretario ejecutivo de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) y de la COB, el trotskismo redactó la Tesis de Pulacayo (1946), el principal documento del sindicalismo y referencia del movimiento minero, columna vertebral de la COB (Lazarte, 2002: 1001-1002). De hecho, si se deja de lado a Sri Lanka, ningún partido trotskista influyó tanto en la historia de su país como el POR (Alexander, 1991).

La polarización se daba en un desequilibrio evidente. El MNR contaba con el impulso de una transformación revolucionaria que le granjeó el compromiso de los mayoritarios grupos que accedieron al sufragio universal y a la propiedad de la tierra en un país aún predominantemente rural, controlaba los poderes del Estado y las instituciones, hasta construyó lazos cordiales con Estados Unidos (Andrade, 1979). El peso de FSB era insuficiente para contrarrestar a un partido tan enraizado en los grupos populares y tan firme en el control del Estado.

Las únicas veces que desestabilizó al régimen fue cuando convergió con el naciente movimiento cívico cruceño, que reivindicaba la transferencia de parte de las regalías por la explotación petrolera a los departamentos productores; pero, aún así, las concesiones del MNR no se comprenden sin la presión de sus propios dirigentes orientales para que el gobierno atienda esa reivindicación, confirmando la importancia de la variable regional en el juego político boliviano.

La caída del hegemónico MNR necesitó su fragmentación, el aislamiento de V. Paz, distanciado de Siles, Guevara y Lechín, y obligado a aceptar un militar como acompañante de fórmula en 1964. FSB pudo felicitarlo de ese derrocamiento pero los golpistas integraban las células militares del MNR y nunca consideraron entregarle el poder: en realidad, y en muchos aspectos, intentaron reproducir el esquema político movimientista sin el MNR.

### III. EL RETORNO A LA DEMOCRACIA Y EL DIFÍCIL ACOMODO DE LAS NUEVAS PIEZAS DEL SISTEMA PARTIDARIO (1978-1985)

#### 1. *Contexto*

El golpe militar de 1964 supuso tanto rupturas con la fase revolucionaria como líneas de continuidad. Desde ese momento hasta el retiro

final de las Fuerzas Armadas del poder en 1982, los partidos y por ende el sistema de partidos pasaron a un lugar secundario, colocados en la clandestinidad o aceptados hasta ciertos límites. La política giró alrededor del Ejército y los sindicatos. Las Fuerzas Armadas no eran monolíticas, albergaban corrientes de izquierda y de derecha, dispuestas al diálogo con los líderes civiles afines a sus planteamientos. Entre tanto, la oposición más frontal a los militares no nació de los partidos, desprovistos de escenarios, sino de los sindicatos, en especial mineros y obreros.

Los militares procuraron conservar el marco de acción movimientista. Incluso organizaron la elección presidencial de 1966, cómodamente ganada por el general Barrientos contra FSB y ramas menores del MNR, con la previsión de vetar la participación de los ex presidentes V. Paz y Siles. Ese intervalo constitucional, conducido con baja competitividad, legó la Constitución de 1967, que sirvió de marco para el retorno a la democracia, y con reformas, permaneció vigente hasta 2009.

El Ejército buscó el patronazgo estatal sobre el movimiento campesino y durante el gobierno de Barrientos (1964-1969) lo logró en amplia medida (Klein, 1987). En cambio, quebró lanzas con el resto del sindicalismo, sobre todo minero, alineado con la izquierda. La desaparición de esta vertiente de inclusión y encuadre popular diferenció el periodo militar del precedente. Cortó de raíz los brotes guerrilleros, venció a la guerrilla de Ñancauzú de Ernesto “Ché” Guevara (1967) y la de Teoponte, de jóvenes marxistas y cristianos (1969; Rodríguez, 2006). Mantuvo y expandió el capitalismo de Estado, aunque ofreció al empresariado facilidades, espacios de poder y ámbitos de concertación.

El periodo tuvo el punto de inflexión con el golpe de estado de Hugo Banzer a su colega de armas pero adversario ideológico, Juan José Torres (1971). El nuevo presidente se situó a la derecha, aliado con el MNR de V. Paz, la FSB, el empresariado y el apoyo de Estados Unidos en un momento álgido de la Guerra Fría. Reprimió a la izquierda de viejo o nuevo cuño, se estrelló contra el sindicalismo y convirtió el pacto militar-campesino de Barrientos en un cascarón vacío, manifestando que la proximidad con el movimiento popular dejó de ser una prioridad. Para 1974, prescindió de los aliados partidarios y se benefició con la bonanza de precios de las materias primas provocada por el shock petrolero de 1973.

En 1977, Bolivia se compaginó con América Latina en el inicio de la tercera ola democratizadora (Huntington, 1994). Banzer convocó a elecciones para 1978, punto de arranque de una caótica transición política, en la cual alternaron golpes de estado y elecciones en un contexto polarizado (Lavaud, 1998). Las Fuerzas Armadas creyeron que impondrían al candidato oficialista con las técnicas de las décadas precedentes pero la reacción política y social provocó la anulación de la elección y el derrocamiento de Banzer (1978). Existía una diferencia de fondo entre alterar de una forma u otra los datos para amplificar el triunfo de candidatos que de todas maneras alcanzarían la mayoría absoluta que trastocar los resultados para proclamar vencedor a un candidato menos popular que sus contrincantes.

Para 1979, los militares convocaron a otra elección presidencial, ahora sin candidato ni partido gubernamental o beneficiados con los recursos estatales, con garantías para todas las organizaciones. Esta situación poco frecuente en la historia boliviana tuvo un impacto relevante sobre la configuración del sistema partidario. La presidencial de 1979 se saldó con el triunfo de la izquierda, reagrupada en la coalición de la UDP, dirigida por el ex presidente Siles, sobre el MNR de V. Paz y, más lejos, en el tercer puesto, Acción Democrática Nacionalista (ADN), recién fundada por Banzer. Como ningún candidato reunió la mayoría absoluta, la elección presidencial pasó al Congreso que fracasó en su mandato constitucional de elegir al presidente: apenas pudo nombrar al presidente del Senado Guevara presidente interino de la República, encargado de convocar una tercera elección.

Meses después, el mandatario fue derrocado por un golpe que fracasó por la resistencia popular: la presidenta de la Cámara de Diputados, Lydia Gueiler, fue designada presidenta interina y ella organizó los comicios de 1980. Aseguró la neutralidad del Poder Ejecutivo, y se consolidaron las tendencias de cambio en el sistema partidario. La nueva elección confirmó la ventaja de la UDP. Sin embargo, otro golpe impidió que Siles asumiese el gobierno. Los militares gobernaron hasta 1982, cuando desacreditados, sin aliados políticos o sociales, entregaron la presidencia a Siles, reconociendo los resultados de dos años antes.

Las esperanzas populares que acompañaron la llegada de la UDP al poder se diluyeron pronto, víctimas de una triple crisis: política, económica y social. El frente de izquierda, eficaz en la arena electoral, descubrió la profundidad de las divergencias internas una vez al

mando del Estado. Como era habitual, la UDP gobernó sin aliados pero en una situación sin precedentes, el oficialismo era minoritario en el Parlamento, lo que precipitó la crisis de gobernabilidad. Peor fue el impacto de la hiperinflación, una de las más agudas sufridas por un país en tiempos de paz, que colapsó la economía, deterioró el nivel de vida y alimentó una espiral de protestas sociales encabezadas por el sindicalismo.

Acorralado, Siles aceptó un recorte de su mandato y se convocó a una elección anticipada, para 1985. Se evitó así que la crisis gubernamental deviniese en la crisis del incipiente régimen democrático (Laserna, 1990: 208). En los años más inestables de la historia republicana, el sistema de partidos ofreció una imagen fragmentada y polarizada; sin embargo, en un nivel menos ruidoso, sufrió una muda importante, que lo distinguió de las formas precedentes: tuvo más partidos que en cualquier periodo previo, se volvió competitivo en un grado desconocido, conoció la dispersión del sufragio.

## *2. El silencioso final del secular bipartidismo a la boliviana y el nacimiento de un multipartidismo competitivo*

Hasta el inicio de la transición a la democracia, Bolivia vivió durante un siglo, sin que los actores fuesen plenamente conscientes, en un bipartidismo de partido hegemónico. La hegemonía partidaria y la ausencia de alternancia, a pesar de las numerosas elecciones, ocultaron el bipartidismo secular. En efecto, el dominio conservador corrió en paralelo a su enfrentamiento con el Partido Liberal (1880-1899). Cuando el liberalismo alcanzó el poder tras la brevísima guerra federal, se enfrentó al republicanismo, su ala disidente (1900-1920).

El incruento derrocamiento liberal encaramó al Partido Republicano, cuyas corrientes ejercieron el poder hasta la víspera de la revolución de 1952. El MNR gobernó con la tenaz oposición a FSB hasta la intervención militar (1952-1964). Ninguno de estos ciclos de partido hegemónico concluyó con una alternancia pacífica después de una elección sino con un derrocamiento, una interrupción externa, como ocurre frecuentemente; sólo de manera excepcional, sucede por una reforma interna para desarmar el esquema, como en el México de fines del siglo XX (Sartori, 1992: 323-325).

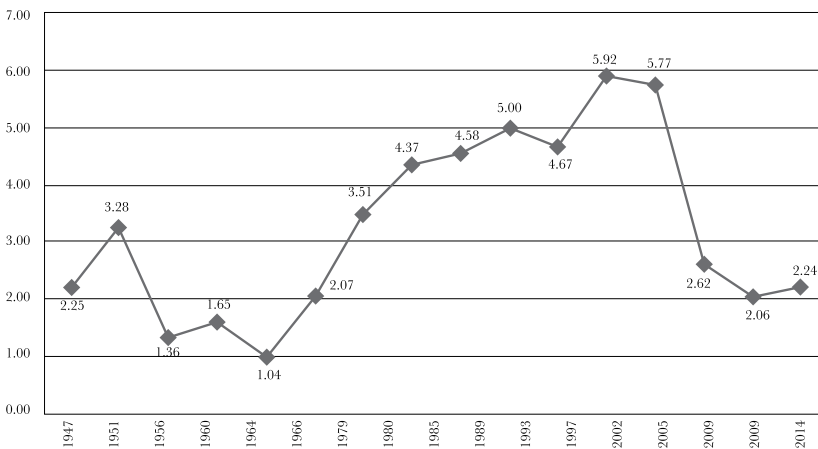
La nueva fase se inició en 1979. Por primera vez en un siglo, no había un esquema bipartidista, gobierno de un partido hegemónico,

patronazgo, recursos o aparato estatal a favor de un partido; ninguna fuerza se encontraba restringida en sus derechos; tampoco los medios sufrían trabas; los resultados no estaban fijados de antemano. Jamás hubo más de seis postulantes presidenciales, en 1979 y 1980 se presentaron 8 y 13 candidatos respectivamente. Una elección de tales características coincidió con, y por supuesto alentó, el surgimiento de un sistema partidario competitivo. Estos factores, con la fragmentación del otrora hegemónico MNR (ver el punto siguiente), condujeron a la ausencia de un ganador con mayoría absoluta, que fue la norma desde finales del siglo XIX. Aún más, con 35.9% de los sufragios válidos, Siles era el ganador con menor porcentaje de una elección presidencial en un siglo. En una perspectiva de historia amplia, se trató de un cambio relevante.

Los comicios de 1979-1980 marcaron inflexiones y transiciones, se colocaron como una bisagra. Con un número efectivo de partidos, en su dimensión electoral, de 3.5, la presidencial de 1979 rompió con cualquier fase precedente, y en 1980, por primera vez, se pasó la barrera de cuatro partidos efectivos. Hasta ese momento, el nivel previo más importante fue de 3.2 en 1951. Sin embargo, para el siguiente cuarto de siglo, la cifra de 1979 fue la más baja, y así se mantuvo hasta la presidencial de 2005 (gráfico 2).

Gráfico 2

Número efectivo de partidos en las elecciones presidenciales. 1947-2014



Fuente: elaboración propia.



Si la concentración del voto en los dos primeros candidatos en 1979 (71.8%) fue la más alta de los veinticinco años siguientes, era la más baja de la historia. Es más, tal porcentaje era superado por el MNR en solitario en la época revolucionaria. Algo casi parecido vale para la concentración del sufragio en los tres primeros. En su traducción parlamentaria, la concentración del voto se acentuó: cierto para el Senado, elegido con un sistema de corte mayoritario, donde las tres primeras candidaturas coparon la totalidad de los escaños y también para la Cámara de Diputados, elegida con un método proporcional. En total, en 1979, las tres primeras candidaturas tuvieron el 93.5% de los parlamentarios.

Los votantes apostaron por los valores conocidos, como les sucedió a los electores latinoamericanos en la transición democrática. Los tres ex presidentes en carrera cosecharon los apoyos más altos, con una ventaja para los líderes del movimientismo: Siles con una coalición de izquierda, V. Paz reagrupando la estructura partidaria; detrás, Banzer, cuya fuerza y debilidad a la vez venían de su gobierno, el más largo del siglo XX, bajo el signo autoritario. Fueron los únicos candidatos con una notoriedad nacional, estructuras de apoyo y militancia, sin duda desiguales, pero existentes en todo el territorio.

La participación electoral y el voto por el MNR, ADN y UDP demostraron ser volátiles, lo que constituía también una prueba de la libertad del electorado. Las lealtades carecían de una consistencia tal que resistiesen las vicisitudes de la coyuntura. De 1979 a 1980, la volatilidad fue limitada en comparación con momentos siguientes pero alta si se considera que apenas transcurrió un año entre ambos comicios. La distribución inicial (UDP 35.9%, MNR 35.8%, ADN 14.8%) se trastocó a favor de la UDP y ADN (38.4% y 16.7% respectivamente). La candidatura de V. Paz del MNR se contrajo (20%) por la acumulación de tres causas en muy corto tiempo: el golpe de Estado de 1979, en el cual participaron muchos de sus líderes dañó sus credenciales democráticas; la división que siguió a esa aventura hizo que al menos cuatro candidaturas se desgajasen del MNR de 1979, y, finalmente, el plan de rigor económico ejecutado en el gobierno provisorio de Lydia Gueiler fue cargado al pasivo del MNR que componía la mayoría del gabinete.

Los votantes pudieron pasar de un partido a otro pero también las evoluciones se explican por el repliegue de una franja del electorado. El retorno a la democracia despertó el entusiasmo que se tradujo en

una participación de 90%, al año siguiente el desencanto cobró factura y redujo la participación a 74.7%. La volatilidad más impresionante e intensa del periodo democrático, por su trasvaso electoral, se produjo entre 1980 y 1985. Reflejó el desgarró de la economía por la hiperinflación. La UDP desapareció y su mejor representante, el MIR, apenas llegó a 10.1%; ADN duplicó su fuerza (32.8%) y ascendió del tercer al primer lugar, en parte impulsado por antiguos votantes de la UDP: la imagen de autoridad de Banzer le sirvió en esa coyuntura de desorden (Romero, 2003: 39-41). El MNR se recuperó (30.2%) sin reencontrar el nivel de inicio de la transición a la democracia.

### 3. *La fragmentación del sistema de partidos: el quiebre de las viejas fuerzas y el nacimiento de la segunda generación*

El sistema de partidos se fragmentó como nunca antes. A la competitividad señalada, se sumaron la escasa normatividad jurídica sobre los partidos, la fractura del MNR y de los partidos de la primera generación así como el nacimiento de la segunda generación de partidos del siglo XX en la década de 1970. El retorno a la democracia se hizo después de doce años de la última presidencial —un récord en la historia del país— y sin un marco regulador de la actividad partidaria. Luego del autoritarismo, el ánimo era abrir las puertas de la participación.

Los procesos electorales entre 1978-1985 quedaron marcados por la proliferación de partidos de todas las tendencias. Decenas de organizaciones recibieron la personalidad jurídica en un trámite desprovisto de requisitos exigentes, al punto que el organismo electoral recurrió a números y apellidos para distinguirlos: Partido Socialista, Partido Socialista-1; Movimiento Nacionalista Revolucionario-Jorge Alderete, Movimiento Nacionalista Revolucionario-Rubén Julio; entre otros (Céspedes, 1982: 63-69). En 1979, 53 partidos contaban con un registro legal y esa cifra creció en los procesos siguientes.

La proliferación de partidos generó inquietud, pero ocurre con frecuencia en las democracias nuevas o renacientes, después de una prolongada represión (Couffignal, 1992: 35). El laberinto político de creaciones partidarias (Rivadeneira, 1984) no multiplicó las candidaturas presidenciales: en 1979, se anotaron 8, la cifra más baja entre 1979-2009, aunque la más alta hasta ese momento. Sin embargo, la fragmentación subyacía y se manifestaba con los vuelcos de la coyuntura. En 1980, el número de candidaturas creció a 13, impulsado por

las secuelas del fugaz pero sangriento golpe de estado del general Alberto Natusch que provocó la implosión de la alianza construida alrededor del MNR, que tuvo numerosos cuadros comprometidos en esa aventura militar. En 1985, se estableció la plusmarca, con 18 candidaturas, resultado de la descomposición de la UDP luego de su gestión gubernamental. No menos de cuatro organizaciones que acompañaron la gestión de Siles llevaron candidatos propios.

En contadas oportunidades, la obtención de la personalidad jurídica tenía como fin la participación autónoma en la elección, servía más bien para acomodarse mejor en el armado de las grandes coaliciones en el retorno a la democracia. Para muchos dirigentes medios, afirmar ser líderes nacionales de una sigla constituía un instrumento de negociación más eficaz para ingresar en las listas parlamentarias que presentarse de manera individual. Por su parte, para las coaliciones, aunque había uno, dos o tres partidos troncales, no parecía estar de más acumular siglas, quizá para impresionar a los rivales, a los electores o darse mayor confianza.

En 1980, la UDP estaba integrada oficialmente por el MNRI, el MIR, el PCB, el MPLN, el PRINM, el PSTA y el MRE; por su parte, el FDR y el MNR-AFIN, que no alcanzaron 5% de los sufragios, ¡tenían cada uno seis partidos coaligados! Estas tácticas se facilitaron por la ausencia de elecciones desde 1966 que impedía conocer el peso verdadero de cada grupo: en el mejor de los casos existían suposiciones fundadas, pero a menudo, simples especulaciones.

La multiplicación de los partidos también se explicó por la ruptura del MNR luego de 1964 y la fragmentación de las ramas disidentes, en menor medida por la desagregación de FSB y por las escisiones de los troncos trotskista y pro-soviético. En el MNR persistían las divisiones que pesaron en su derrocamiento. Dos alas sobresalían. Una la dirigía el ex presidente V. Paz, que conservaba el nombre del MNR, la mejor estructurada, con la presencia más extensa en el territorio, considerada más conservadora por su respaldo al golpe de estado de Banzer. La otra que agrupaba a los críticos contra ese golpe de estado, la encabezaba el ex presidente Siles, fundador del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda (MNRI), el pivote de la UDP. Al lado de las dos corrientes centrales, numerosos dirigentes regionales o sectoriales dirigían sus propias tiendas.

La compleja relación falangista con los gobiernos militares, entre el apoyo, al punto que muchos cuadros terminaron cooptados por el

gobierno de Banzer, y la oposición moderada, tampoco contribuyó a la cohesión partidaria. En el marxismo, el POR conoció las divisiones, disidencias, exclusiones y purgas habituales en partidos de célula, con influencia sindical pero sin mayor relevancia electoral. El PCB sufrió las disputas mundiales del comunismo, con la escisión maoísta del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML) y quiebres por su reserva frente a la guerrilla del Ché Guevara.

La paleta se enriqueció con la llegada de la segunda generación de partidos, forjada entre finales de los sesenta y los setenta, a pesar de la represión militar. Ella se construyó alrededor del debate sobre el destino del país posrevolucionario: afianzadas las medidas de 1952, las nuevas interrogantes giraban alrededor de los derroteros después de esa profunda transformación. Tres corrientes se distinguen. En la izquierda, sobresalieron el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Socialista (PS), la derecha la ocupó Acción Democrática Nacionalista (ADN) y, eludiendo esta topografía, se desarrolló el katarismo.

El MIR se fundó con la columna vertebral de la juventud democrata cristiana que rompió con el partido matriz, comprometida con el aliento social del Concilio Vaticano II, y jóvenes marxistas independientes. Su nacimiento coincidió con el golpe de estado de Banzer, al cual se opuso y lo combatió adentro, en la clandestinidad, y afuera, en el exilio. Pese a las reservas del ala radical, en la transición a la democracia, abandonó los postulados socialistas, aceptó un entronque histórico con la gesta revolucionaria de 1952, siguiendo las convicciones de su principal líder, Jaime Paz, y se sumó a la UDP (Chávez y Peñaranda, 1992). La trayectoria inicial del PS fue próxima. Rechazó el golpe de Banzer, postuló el horizonte socialista para superar la etapa revolucionaria “pequeño burguesa”, como consideró a 1952. En la apertura democrática, se dividió entre la fracción que apostó por la alianza de izquierda en la UDP, y la que persistió en una vía propia, alrededor de Marcelo Quiroga Santa Cruz, jefe del PS-1 (Rodas, 2010).

Los colaboradores de Banzer se agruparon en la candidatura oficialista del general Juan Pereda, que ganó las fraudulentas y anuladas elecciones de 1978. Para el año siguiente, con aproximadamente el mismo personal pero ya alrededor de Banzer, se creó ADN, que asumió el balance del gobierno militar, reivindicó la prosperidad de los setenta y la imposición de un ambiente de orden. La línea desarrollista de la revolución de 1952 constituyó el marco de su acción.

El katarismo se distinguió de la izquierda y de la derecha porque en nombre de los valores colectivos de las comunidades indígenas puso en tela de juicio el espíritu modernizador del proyecto del MNR y sus herederos y denunció el “falso desarrollismo que se importa” (Hurtado, 1986: 303). Primer movimiento político surgido de la zona rural, en especial de las tierras altas, contó con dos líneas: una consideró que además de problemas culturales, Bolivia sufría dificultades socioeconómicas, otra estimó que la cuestión racial predominaba sobre cualquier otra. A la primera pertenece el Movimiento Revolucionario Tupac Katari (MRTK), del cual luego se desprendió el MRTK-Liberación (MRTKL), de Genaro Flores y Víctor Hugo Cárdenas, dispuesto a pactar con la izquierda para encarar la pobreza y la desigualdad. A la segunda, el Movimiento Indio Tupac Katari (Mitka), cuyos dirigentes Luciano Tapia y Constantino Lima, desestimaron cualquier entendimiento pues afirmaron que la lucha era entre blancos e indios, no entre la izquierda y la derecha, nociones europeas.

#### *4. La polarización partidaria y las convicciones compartidas*

Construido con organizaciones políticas nacidas en edades políticas distintas, reestablecido en medio de la proliferación de nuevas formaciones, el sistema partidario de la transición estuvo sometido a la polarización política aunque paradójicamente existía un cuerpo compartido de convicciones socioeconómicas. El gobierno de Banzer abrió heridas políticas, prohibió la actividad de los partidos, encarceló, torturó, exilió, incluso asesinó a dirigentes políticos y sociales. La actitud sobre el autoritarismo constituía una línea de división nítida y ADN ocupaba la poco envidiable casilla de organización con la cual ninguna deseaba pactar, aliarse o siquiera aproximarse sin ver manchadas las cartas democráticas conseguidas en la resistencia, temprana o tardía, a Banzer. ADN se encontraba enfrentado a todos los partidos, inclusive aquellos que colaboraron para el éxito del golpe de Banzer, como el MNR, y los tildaba de comunistas, sirviéndose de la presencia del PCB en la UDP y del PCML en la alianza encabezada por el MNR.

Esta importante línea nunca se convirtió en la rígida frontera que separó, por ejemplo, al sistema partidario chileno en dos bloques. Esa trayectoria divergente se explica porque en Bolivia la fase militar no fue homogénea, la presencia civil de distinto signo fue común en los

gabinetes (entre 1964 y 1982, en gobiernos militares, hubo ministros movimientistas, falangistas, socialistas, demócrata cristianos; Mesa, 2006: 370-388), y Banzer trabajó durante casi la mitad de su gobierno con los dos partidos grandes del periodo precedente (MNR-FSB). Asimismo, la menor duración y el nivel de represión más bajo evitaron que los enfrentamientos posteriores tuviesen en la dictadura un ineludible y recurrente punto de debate. Si bien ADN acuercó la acción de Banzer, de entrada aceptó el cuadro democrático e insistió en que el golpe de estado depuso a otro gobierno de facto y lo justificó por la extrema polarización de la época.

Los electores armaban el escenario político de izquierda a derecha. En un polo, situaban al PS-1 o a fuerzas marxistas minoritarias de la UDP; en el otro, a ADN y, aún más a la derecha, FSB, ya en declive. Entre ambos polos, figuraba a la izquierda la UDP, ensamblada con tres piezas centrales: el MNRI, el MIR y el PCB, y el MNR, más conservador pero con una historia impregnada por la gesta revolucionaria de 1952 y capaz de aliarse con organizaciones reputadas progresistas, como el Partido Demócrata Cristiano (PDC) o los maoístas.

En este espacio central, las fronteras carecían de rigidez, en particular en la numerosa familia movimientista: salvo líderes personalmente comprometidos con Siles o con V. Paz, el resto se encontraba cómodo en el MNRI, eje de la UDP, o en el MNR. De hecho, hubo perspectivas de que esa familia olvidara el duelo fratricida: en 1978 el MIR resignó su aspiración vicepresidencial para evitar la reunificación que hubiera dejado a todos los partidos sin opciones ante un binomio Siles-V. Paz (Granado, 1983). La situación no era distinta para los otros partidos: se encontraban predispuestos a participar en alguna de las dos grandes alianzas que se perfilaban y el destino de las negociaciones dependió en buena medida de los espacios en las listas parlamentarias. Sin embargo, cerradas las alianzas, fue intensa la violencia verbal entre los dos favoritos, la UDP y el MNR.

La polarización le pasó una factura elevada a la naciente democracia. En 1979, triunfó la UDP sin la mayoría absoluta exigida por la Constitución. Por lo tanto, se requería la decisión congresal, que debía elegir al presidente entre los tres candidatos más votados y ningún partido disponía de la mayoría absoluta en el Parlamento. Incluso la UDP contaba con menos representantes que el MNR, ganador en la mayoría de los departamentos. Para la UDP, la ecuación resultaba políticamente imposible: sin el desistimiento de su principal contrin-

cante, el MNR, requería el apoyo de los otros partidos, lo que implicaba reunir al PS-1 y sobre todo a ADN, con la cual consideraba que la separaba ríos de sangre. El MNR tenía la opción de recibir el respaldo de la UDP; el apoyo de dos partidos menores (la FSB y el PS-1, y éste definitivamente no concebía tal alianza), o los votos de ADN. La UDP y el MNR se enfrascaron en una dura y vana contienda por la presidencia y ninguno consiguió los pactos. El sistema parlamentario de nombramiento del presidente exigía una práctica de compromisos, por entonces poco arraigada en las elites políticas. La áspera evolución política de los años 1970, los programas de cambio global y un débil compromiso con el sistema representativo, trabaron el asentamiento democrático (Malloy y Gamarra, 1987: 108-119).

En el triángulo, ADN poseía la llave para la presidencia en caso de desacuerdo entre los dos primeros. Empero, ninguno se le aproximó y ADN dejó naufragar ese retorno a la democracia que mejoraba implícitamente la imagen de Banzer que reivindicaba su gobierno con el eslogan “orden, paz y trabajo”. La solución encontrada, la elección del presidente del Senado Guevara como presidente interino con la misión de organizar nuevos comicios, sólo acentuó la inestabilidad política (*cf.* “Contexto”, en la sección II).

El aislamiento de ADN se prolongó hasta 1985. En esa oportunidad, en medio de la crisis económica, Banzer se impuso sin mayoría absoluta. El ganador comprobó cómo en el Parlamento, el MNR lograba con poco esfuerzo y sin mayores contrapartidas el respaldo de las organizaciones de izquierda para elegir a V. Paz como presidente de la República. ADN permanecía como el polo con el cual se descartaba alianzas; fue la última vez. Para salir de la espiral inflacionaria, el MNR aplicó un viraje económico liberal, rechazado por la izquierda, y sostenido por ADN. Ambos partidos suscribieron el Pacto por la Democracia que le ofreció una sólida y permanente mayoría parlamentaria al MNR. Eran los primeros pasos de una reconfiguración del escenario partidario y más allá, de las condiciones del juego político, institucional, económico y social.

Empero, detrás de los antagonismos partidarios y los enfrentamientos de líderes, y más allá de los matices, dominaban referencias ideológicas comunes. Para el grueso de los electores y para la mayoría de los partidos, la legitimidad política provenía de la adhesión al nacionalismo revolucionario (Zavaleta, 1983: 11-59), con la necesidad de un papel activo del Estado en asuntos socioeconómicos, en espe-

cial en la industrialización de las materias primas; el reforzamiento de la nación homogénea alrededor del mestizaje y del uso del español; la integración sociopolítica de los sectores populares bajo la conducción del Estado; el apuntalamiento de una burguesía nacional.

Estas convicciones se extendían desde la derecha hasta amplias franjas de la izquierda. ADN tenía como referencia el gobierno de Banzer, que utilizó la retórica del nacionalismo revolucionario en su vertiente desarrollista, extendió las funciones del Estado, aunque perdió la relación con las clases populares (Peñaranda, 2004). La importancia del nacionalismo revolucionario es evidente en el MNRI y el MNR, cuya gravitación política y electoral se impuso incluso a formaciones que en su nacimiento pretendieron superarla. El MIR revisó sus planteamientos más socialistas para realizar el entronque histórico con la revolución de 1952. El katarismo moderado o los comunistas, aún con ideologías lejanas de esa matriz, se acoplaron a coaliciones dirigidas por movimientistas para no marginalizarse. Pocas organizaciones se situaron fuera de ese horizonte: el trotskismo o el MITKA, cuya lectura basada en un antagonismo irreductible entre el mundo indígena y otro de origen europeo, desafiaba los postulados básicos del nacionalismo revolucionario. Ninguna logró más del 2% de los sufragios.

#### IV. EL SISTEMA PARTIDARIO ENTRE 1985-2005: LOS ÉXITOS Y EL FRACASO DE LA CONSTRUCCIÓN DE UN SISTEMA DE PLURALISMO MODERADO

##### 1. *Contexto*

Desde el retorno a la democracia, los cambios políticos, sociales y económicos se sucedieron vertiginosos. Tras los fracasos del primer gobierno democrático, dirigido por la UDP, la elección de 1985 dio una amplia victoria a la oposición. Por primera vez, el oficialismo traspasó el gobierno a la oposición de forma pacífica, como resultado de una elección. En su cuarto y último gobierno, V. Paz aplicó un severo, a la vez que exitoso, plan de control de la inflación que, además, y sobre todo, sirvió para un rediseño del Estado. Como en otros países de América Latina y Europa del Este, llegaron simultáneamente las reformas políticas y económicas (Przeworski, 1991). Esos lineamientos se impu-



sieron durante aproximadamente dos décadas y se perfiló un consenso alrededor de cuatro ejes: democracia representativa con un lugar decisivo para los partidos y las instituciones, economía de mercado, descentralización del Estado y multiculturalismo moderado.

En política se abandonó la visión de la democracia cultivada por la revolución de 1952, que la definía por la orientación de las políticas públicas: cuanto más favorables se las consideraba para los sectores populares o para el fortalecimiento del Estado, más democrático se juzgaba un gobierno, con prescindencia de criterios ligados al ejercicio de las libertades, el pluralismo, el disenso o el respeto del voto. Al finalizar el siglo XX, la democracia se concibió como un conjunto de reglas para la alternancia en el poder, más allá de las orientaciones socioeconómicas de un gobierno, se aceptó que valores igualmente deseables pueden contraponerse y se entendió, sobre todo, en términos electorales. Existía en la medida que hubiese elecciones regulares, limpias, competitivas, reflejo de las otras condiciones indispensables de un régimen representativo, como la libertad de asociación, de expresión, la inclusión de todos los adultos, la separación y equilibrio de poderes (Dahl, 1998).

La construcción de instituciones confiables y la limpieza de los comicios se convirtieron en una prioridad. Esa concepción, dominante después del derrumbe del sistema soviético, exigía reglas equitativas para todos los jugadores, árbitros encargados de hacerlas cumplir, derechos y garantías individuales respetados. Como en el resto de América Latina, mejoró la calidad, la transparencia y la eficiencia de las elecciones (PNUD-OEA, 2010: 65). En consonancia, se hizo un esfuerzo por construir un sistema de partidos competitivo y ordenado.

En economía, se redujo la participación del Estado, a tono con el nuevo vigor del liberalismo en los países desarrollados y en América Latina. En la década de 1990, se privatizaron las compañías estatales, incluidas las más grandes bajo una modalidad de “capitalización” en la cual el Estado conservó la mitad de la propiedad de las empresas, vendió la mitad a compañías internacionales y les cedió la gestión. Desligado de la producción y la administración de servicios, el Estado adquirió un papel regulador. A la par, se transformó y desplazó la matriz económica del país. La crisis de precios hundió la minería de los Andes. El relevo lo asumió progresivamente la soya y el gas, productos del sur y este, convertidos en los faros de las exportaciones. A la par, esas regiones mostraron saldos migratorios positivos.

La desconfianza con el Estado central también pasó por la descentralización que invirtió la tendencia de la revolución de 1952. La Ley de Participación Popular (1994) transfirió recursos y competencias hacia los municipios, completando el paso político previo, la elección de alcaldes con sufragio universal (1987). Como en los otros países latinoamericanos, el propósito fue fortalecer un nivel juzgado próximo a los intereses y preocupaciones de los ciudadanos, más efectivo para invertir los fondos públicos en asuntos productivos y sociales. La onda expansiva de la descentralización municipal fue significativa: le dio al Estado una inédita presencia territorial, generó una sostenida transferencia de recursos hacia la periferia y la zona rural, hizo del espacio local una base para buscar el poder nacional y diversificó los liderazgos.

Por último, en paralelo a la conmemoración del V Centenario de la llegada de Colón a América, se abandonó el ideal de la nación homogénea de mestizos de la revolución de 1952. Se proclamó el carácter multicultural del país que valoró la diversidad de culturas, replanteó el modelo educativo, reconoció territorios indígenas.

Estas cuatro líneas de consenso fueron aplicadas por los partidos que dominaron la escena a lo largo de estas dos décadas. El MNR tuvo tres administraciones, la de V. Paz (1985-1989), la primera de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997) y la segunda, terminada abruptamente (2002-2003). El MIR encabezó el gobierno en una oportunidad, con J. Paz (1989-1993), al igual que ADN, cuya gestión fue conducida primero por Banzer y completada por el vicepresidente Jorge Quiroga (1997-2002).

## 2. *El intento de construir un sistema de partidos competitivo e institucionalizado y la tercera generación de partidos*

El sistema de partidos de 1978-1985 no fue, en un sentido estricto, concebido racionalmente, se desarrolló al calor de los acontecimientos. En efecto, apenas Banzer convocó a la presidencial de 1978, quedó desbordado, obligado a proceder a una liberalización completa, mientras que el organismo electoral conformado sobre la marcha, recibía decenas de demandas de reconocimiento de partidos sin reglas precisas y con el reto de preparar una elección en algo más de un semestre luego de doce años sin procesos electorales.

En la fase que abre la presidencial de 1985, en particular durante la última década del siglo XX, los actores políticos procuraron diseñar un sistema partidario competitivo, institucionalizado, ordenado, en la medida de lo posible, políticamente moderado. Se convirtió a los partidos en los actores centrales de la política, encargados de canalizar las demandas ciudadanas, agregar intereses colectivos, representar a la ciudadanía, con democracia interna y transparente. Las fuerzas políticas claves del periodo previo perdieron su papel. Se limitó a las Fuerzas Armadas a su función institucional y los sindicatos, debilitados después del cierre de las minas públicas, fueron desplazados a la esfera social y ese relegamiento suprimió medio siglo de “centralidad del movimiento minero” y de la creencia en la “invencibilidad de la masa”, legada por la epopeya de las luchas sociales.

Esta construcción debe ser vista de manera integral, como un conjunto de reformas que apuntó a afianzar las instituciones, tradicionalmente frágiles, asegurar mejor los equilibrios y separación de poderes. Muchas de sus orientaciones se inscribieron en una dinámica continental (Zovatto y Orozco, 2008). El proceso se inició tímidamente en la gestión de V. Paz y alcanzó su cúspide durante la de J. Paz, que en dos oportunidades, 1991 y 1992, consiguió que los partidos del oficialismo y de la oposición acordaran una ambiciosa agenda que contemplaba, entre otros aspectos, modificar la Constitución, reformar la administración de justicia, iniciar una reforma educativa, aprobar una ley de partidos, organizar una Corte Nacional Electoral (CNE) auténticamente imparcial, independiente de los intereses partidarios, capaz de velar por el respeto del voto ciudadano.

Se trató de un acuerdo “trascendental puesto que por primera vez los partidos políticos arribaron a un consenso amplio sobre la redefinición de las reglas claves del juego político” (Mayorga, 1993: 51). El pacto se convirtió en la hoja de ruta de la reforma política durante una década pues la mayoría de los puntos consensuados se ejecutaron en cuatro presidencias consecutivas, de tres partidos distintos, manteniendo el entendimiento entre gobernantes y opositores: las de J. Paz, Sánchez de Lozada y Banzer-Quiroga. En la agitada región andina, Bolivia se singularizó pues “la legitimidad de procedimientos y de origen le dio una estabilidad política muy fuerte” (Pachano, 2008: 239).

Uno de los últimos acuerdos cumplidos, luego de negociaciones prolongadas, fue la promulgación de la Ley de Partidos Políticos (nú-

mero 1984), destinada a fortalecer el sistema de partidos y a las mismas organizaciones (1999). La norma sistematizó disposiciones dispersas y añadió reglas, inscritas en una tendencia continental, que apuntaron a regular la vida partidaria promoviendo la democratización interna. Se fijó que los partidos tengan estatutos, se ciñan a reglas de democracia interna, que los militantes elijan a los dirigentes y dispongan del “recurso de queja” ante la CNE en caso de violación a sus derechos. En una perspectiva comparada, esas disposiciones se pudieron catalogar como “muy reguladas” (Zovatto, 2008: 64). El poder y la discrecionalidad de las jefaturas nacionales se redujeron en las normas y también, en menor escala, en los hechos.

Las nuevas reglas procuraron evitar la multiplicación de las organizaciones. El requisito central del otorgamiento de la personalidad jurídica pasó de reunir firmas equivalentes al 0.5% de votos emitidos en la última elección al 2% y se sometió a los partidos existentes a la prueba. Formaciones históricas pero ya desprovistas de relevancia sucumbieron: entre otros, el PCB, la FSB, el MRTKL. Para conservarla, un partido debía superar el umbral de 3% de votos válidos, barrera también aplicable para acceder a los escaños parlamentarios plurinominales. El impacto fue evidente, como prueba la tabla 1.

*Tabla 1*

Cantidad de partidos reconocidos, participantes y cancelados, presidenciales. 1979-2014

Elección	1979	2002	2005	2014
Partidos reconocidos	53	23	16	12
Partidos que anunciaron su participación y /o entregaron los requisitos	No aplica	20	11	11
Partidos participantes	24	14	9	6
Candidaturas presidenciales	8	11	8	5
Partidos cancelados después de la elección	0	4	4	2
Partidos vigentes después de la elección	53	19	12	9

Fuente: elaboración propia con datos de los Informes de la Corte Nacional Electoral al Congreso.

La norma apuntó asimismo a establecer controles del impacto del dinero en la política, uno de los asuntos complejos para las democracias contemporáneas. Componente decisivo de la ley, por lo que implicaba como voluntad, fue la subvención pública para los partidos, destinada a asegurarles una existencia regular, más allá de la época electoral, facilitarles el funcionamiento de una estructura mínima y ahorrar la tentación de la búsqueda de recursos ilícitos o ilegales. A pesar de su impopularidad en la sociedad, la subvención estatal fue considerada ni más ni menos una prueba del “nivel de modernidad del Estado... una sobreguarda para el proceso democrático” que permitiría a los partidos “manejarse con transparencia y sin condicionamientos económicos que pudieran hacer peligrar la gobernabilidad del país y también la pervivencia misma del Estado” (CNE, 1997: 49). En contrapartida, la CNE recibió los mecanismos para fiscalizar el manejo de los recursos estatales y privados recibidos por las organizaciones.

Además del esfuerzo por regular la vida de los partidos, los actores políticos intentaron mejorar la representatividad del sistema, estrechar los vínculos entre los candidatos y los votantes, reforzar la imagen del Parlamento. Compartiendo una importante tendencia internacional, en 1997 se aplicó el sistema proporcional personalizado, de origen alemán, para elegir a los diputados (Nohlen, 1999: 113-135). En la misma línea, se introdujo la cuota femenina que aumentó, de manera modesta, la proporción de parlamentarias (Choque, 2013: 141).

La sucesión de elecciones permitió a los partidos organizar carreras políticas metódicas para sus cuadros, con ascensos progresivos en las listas congresales: mejoramiento en los puestos en las planillas, paso de las alcaldías a la Cámara de Diputados, y de ésta al Senado (Romero Ballivián, 2009).

Las reformas políticas tuvieron algunos efectos paradójicos. La elección uninominal amplió la autonomía de los parlamentarios elegidos con ese método frente a las direcciones nacionales. En la misma dirección jugó la elección municipal, sobre todo después de la participación popular. Los alcaldes más populares, en especial de las ciudades grandes, construyeron un capital político propio, ganaron márgenes de acción en la estructura partidaria, incluso para cambiar de partido en caso de fricciones con la jefatura y hasta para fundar sus propios partidos.

El sistema de partidos regido por la nueva ley reunía a partidos de la primera generación, como el MNR, y de la segunda, en particular

el MIR y ADN. Estas organizaciones remodelaron la sociedad y el Estado, alejándose de sus líneas anteriores. El MNR rompió con el nacionalismo revolucionario para identificarse con un proyecto liberal, favorable al sector empresarial, la regulación más que la planificación económica, los equilibrios de poderes más que la concentración. En el trayecto superó uno de los retos más difíciles de los partidos bolivianos, reemplazar el liderazgo de su jefe y fundador, V. Paz, por el de Sánchez de Lozada, uno de los artífices del viraje liberal. ADN, siempre bajo la batuta de Banzer, se desligó del capitalismo de Estado para impulsar igualmente una corriente liberal. El MIR continuó con su muda ideológica: a finales de la década de 1980 insistió en el componente social dentro de la economía de mercado.

La tercera generación de partidos del siglo XX, surgida desde finales de los ochenta, se integró a ese sistema partidario. Su rasgo compartido fue su horizonte exclusivamente democrático y electoral, en ruptura con el pasado, cuando golpes de Estado, revoluciones y guerrillas eran opciones para alcanzar el poder, pero inscrito en la evolución nacional y mundial: desde 1989 desaparecieron modelos alternativos a la democracia y América Latina se apartó de su tradición golpista. Nació como respuesta a dos de las transformaciones impulsadas desde 1985: el predominio de la economía liberal y la descentralización del Estado.

Dos alas se distinguen. Frente al repliegue del Estado y los costos sociales del ajuste liberal, se plantó la primera corriente, con Conciencia de Patria (Condepa) de Carlos Palenque y Unidad Cívica de Solidaridad (UCS) de Max Fernández como sus principales exponentes (Mayorga, 2002). Se acercaron a los sectores populares sin propuestas de refundación de la sociedad; más bien expresaron la solidaridad: moral y cotidiana en el caso de Palenque, conductor de un programa radial y televisivo abierto a una participación masiva del público, en especial de las categorías más desfavorecidas, con las cuales estableció el vínculo simbólico del compadrazgo (Archondo, 1991: 105-126); económica, con el patrocinio de obras colectivas en el caso de Fernández, dueño de la mayor fábrica de cerveza del país. Ambos ofrecieron paliativos puntuales para superar dificultades urgentes.

La descentralización del Estado provocó una novedad: la organización de partidos desde la arena local. Hasta la última década del siglo XX, ningún liderazgo nacional provino del terreno municipal o departamental, lo que se explicó por los limitados recursos y atribu-

ciones de las alcaldías o las prefecturas y la ausencia de la legitimidad democrática del voto. La figura cambió cuando los municipios recibieron fondos, adquirieron competencias y eligieron a sus autoridades con sufragio universal. Los alcaldes exitosos de las ciudades grandes se proyectaron hacia la competencia nacional o dirigentes nacionales pasaron por la gestión municipal para reaparecer fortalecidos en el campo nacional o más independientes con respecto a las direcciones centrales de sus partidos.<sup>3</sup>

Por último, si se deja de lado el origen formal del partido, escisión del tronco falangista, el MAS, como expresión del movimiento cocalero y campesino de Cochabamba, cabalgó al principio sobre ambos movimientos. Denunció el imperialismo, el capitalismo, el liberalismo y construyó su base de poder en simbiosis con los sindicatos campesinos al ganar desde 1995 las alcaldías rurales de Cochabamba (Calla y Calla, 1996: 42-49) y a partir de 1997 las diputaciones uninominales. Más tarde, muchos de sus parlamentarios contaron con la experiencia de la descentralización municipal, como alcaldes, concejales, miembros de organizaciones territoriales de base (Zuazo, 2009; Gonzáles, 2013).

Si las dos primeras generaciones se preguntaron cómo cambiar una situación estabilizada aunque sometida a tensiones (la sociedad liberal o la posrevolucionaria), la tercera reaccionó ante un cuadro en movimiento permanente, que no había asentado todos sus elementos y en la cual la iniciativa pertenecía a los promotores del cambio, ¿que eran los viejos partidos! Por lo tanto, les costó definir si debían proponer el cambio de un modelo aún en construcción o sugerir cambios en el modelo. Sus ideas y sus prácticas reflejaron esa hesitación.

### *3. Un sistema multipartidario competitivo, centripeto, de voto disperso y participación disminuida*

El sistema partidario vigente desde 1985 y durante dos décadas, tuvo características singulares. Nunca antes, por un tiempo tan prolongado,

---

<sup>3</sup> Los ejemplos importantes corresponden a Nueva Fuerza Republicana (NFR), fundado por el alcalde de Cochabamba Manfred Reyes Villa (Mayorga, 1997), y el Movimiento Sin Miedo (MSM) por el alcalde de La Paz, Juan del Granado. En el inicio del siglo XXI, se sumaron al alcalde de El Alto José Luis Paredes que fundó Plan Progreso (PP) y el de Potosí, René Joaquino, con Alianza Social (AS).

el país conoció un régimen multipartidario competitivo, centrípeto y de voto fragmentado, que fue a la vez producto y generador de un espacio pluralista sin precedentes. Como se señaló, partidos oficialistas y opositores definieron de manera conjunta reglas equitativas y construyeron un árbitro independiente para la competencia. Las elecciones dejaron de celebrarse bajo la sombra del fraude o de la sospecha, se amoldaron al principio de la certeza de las reglas y la incertidumbre de los resultados. Se sucedieron comicios transparentes, y los resultados alcanzaron credibilidad y legitimidad, mérito que en parte recayó en la conformación de un “organismo electoral prestigioso, eficiente e imparcial” (OEA, 2006: 35).

La lógica moderada y centrípeta provino de al menos dos factores. Uno se ligó con las políticas públicas, otro con las relaciones partidarias. El liberalismo económico contó con el impulso o el aval del MNR, ADN y MIR, primeros en los comicios de 1985 y 1989, concentrando más de dos tercios de los sufragios. Eso definió un centro político: el rechazo frontal a esa política implicaba resignarse a un marginamiento en el rediseño del Estado y de la sociedad. Las líneas previas de organización de la vida política alrededor de las actitudes ante la revolución de 1952 o frente a los regímenes militares quedaron, de pronto, obsoletas. En consecuencia, las relaciones partidarias cambiaron, en especial con respecto a ADN, que salió de su aislamiento luego de aceptar en 1985 la decisión congresal de privarle de la presidencia a pesar de su triunfo electoral y colaborar con el gobierno del MNR.

En este nuevo centro, las relaciones entre los tres partidos más apoyados se encontraban abiertas en el sentido que cualquier alianza ingresaba en el horizonte de las posibilidades, algo que no sucedió en la transición. La presidencial de 1989 lo ilustró. Después de un ajustado resultado entre el MNR, ADN y MIR, le correspondió nuevamente al Congreso elegir al presidente. La única manera de lograrlo era mediante un pacto que uniese al menos a dos de los tres partidos. La alianza MNR-ADN continuaría el pacto que ejecutó el ajuste liberal; una MNR-MIR parecería un giro social del esquema liberal; se produjo la menos esperada por la sociedad, MIR-ADN, que no respetaba las antiguas líneas de conflicto y pasaba por encima del MNR, que parecía el pivote de cualquier coalición pues en el imaginario del electorado ocupaba el medio, con el MIR a su iz-



quierda y ADN a su derecha.<sup>4</sup> Estas coaliciones extendidas por todo el mandato presidencial dieron un cariz parlamentario a la práctica del sistema presidencial boliviano, poco frecuente en la región, donde el cargo es asignado directamente por el electorado, en primera o segunda vuelta. Ayudaron asimismo a solventar las complicaciones de la combinación del presidencialismo y el multipartidismo (Sartori, 1996: 192-195).

Este estilo de pactos se impuso a las otras organizaciones pues estos partidos ocupaban sistemáticamente los primeros lugares (el MNR y ADN se alternaron en el primer y segundo sitio entre 1985-1997). Los partidos de la tercera generación los criticaban con virulencia pero luego de la campaña, se plegaban al ejercicio de conformar coaliciones y acceder así a espacios de poder que, de otra manera, parecían inalcanzables. El primero en ceder fue UCS, que apoyó sucesivamente a tres gobiernos entre 1993 y 2002; Condepa compartió responsabilidades gubernamentales con Banzer en 1997; NFR acompañó a ADN en 1997 y se adscribió al pacto con Sánchez de Lozada en su segunda y última presidencia.

La atracción jugó igualmente en dirección de franjas de la izquierda que, al principio, condenaron el liberalismo y luego decidieron aportarle correctivos sociales. Emblemático fue el apoyo del Movimiento Bolivia Libre (MBL) a las dos gestiones de Sánchez de Lozada. El katarismo moderado se incorporó cuando el líder del MR-TKL Víctor H. Cárdenas acompañó como vicepresidente a Sánchez de Lozada en 1993 (Albó, 1993). Los gobiernos de coalición rompieron la tradición de gobiernos monocolors, característicos de la fase conservadora, liberal, republicana y movimientista, imprimieron el sello de la “democracia pactada” boliviana (Mayorga, 1993) y representaron la respuesta al final del secular bipartidismo a la boliviana, controlado por un partido hegemónico. Este esquema se reprodujo en los gobiernos municipales, que tuvieron hasta la Constitución de 2009 un rasgo parlamentario similar y cuyas coaliciones reproducían a menudo la alianza gubernamental nacional (Rojas, 1998).

---

<sup>4</sup> La alianza se comprende en la lógica descrita arriba. A partir de ese momento, cualquier compromiso podía darse: de hecho, entre 1985-2003, se formaron coaliciones gubernamentales MNR-ADN, ADN-MIR y MNR-MIR. Empero, la presidencial de 1989 tendió a dejar la sensación de dos bloques en este centro político, por un lado MIR-ADN, del otro el MNR.

Los comicios de 1979-1980 constituyeron la inflexión entre un largo periodo de voto concentrado, un bajo número efectivo de partidos en el campo electoral y aún más restringido en el espacio parlamentario, y una fase que empieza en 1985 en la cual la participación electoral decae, el voto se fragmenta y se amplía el número efectivo de partidos como ilustró la tabla 2. La “democracia pactada” con coaliciones posibles entre los principales partidos, la inclusión en las alianzas gubernamentales de los partidos críticos con el liberalismo económico, la continuidad de esta orientación en gobiernos sucesivos, desencantó a franjas populares del electorado, y las alejó de las urnas. Si bien aún en ese periodo la participación es alta en una perspectiva internacional comparada, marcó puntos bajos en la historia boliviana (tabla 6).

Se produjo una paradoja. En la transición, hubo más partidos y más candidatos (de 1979 a 1985, en promedio, 13 candidaturas) pero el voto se concentraba en las dos o tres primeras fuerzas. En la etapa siguiente, disminuyó el número de partidos y candidatos (en la etapa 1989-2005, 10.6 candidatos en promedio) pero el sufragio se fragmentó. A partir de 1989, fue común que los vencedores oscilaran entre 20 y 25% de los votos, rango en el cual se ganaron los comicios de 1989, 1997 y 2002, cuando en el periodo 1979-1985 el promedio giró alrededor de 35%. La dispersión del voto en los escrutinios nacionales se acentuó en los municipales (al menos en el consolidado nacional, pues en cada municipio el voto se podía concentrar significativamente detrás del vencedor).

La fragmentación constituyó una evolución importante. Los años revolucionarios acumularon el voto detrás del MNR y en el retorno a la democracia, este partido aún dominaba, por la legitimidad de sus ideas, la influencia de sus líderes, el apoyo electoral (en la presidencial de 1979, el MNR triunfó en siete de los nueve departamentos, en tres con mayoría absoluta). Pese a ello, resulta imposible conocer el nivel exacto del movimientismo a fines de los años 1970 pues V. Paz y Siles, sus principales líderes, encabezaron organizaciones rivales. Con todo, juntos bordearon 70% de los sufragios. La fragmentación del aparato del MNR precedió la fragmentación del voto.

En la transición, ya estaban algunas de las bases de la dispersión, que en este caso, implicaba el resquebrajamiento del voto por las corrientes del MNR (Romero Ballivián, 2012: 183-189). En el reemplazo generacional, se fueron retirando las generaciones beneficiadas

con la revolución y las reemplazaron otras sin los mismos afectos y lealtades con el MNR. Luego, emergieron corrientes partidarias que pudieron nacer gracias al voto universal. Bolivia no escapó a una tendencia visible cuando se extiende el derecho al voto: la aparición de partidos que deseaban representar fielmente los intereses de los beneficiados con el sufragio y el debilitamiento de las organizaciones anteriores. El proceso toma tiempo, necesita el sentimiento de que el nuevo emprendimiento tiene sentido, que hay una fisura entre el partido que amplió el voto y los intereses del sector o una distancia entre las características socioeconómicas de los cuadros partidarios y de los nuevos votantes.<sup>5</sup>

Estas evoluciones convergieron en los jóvenes campesinos del altiplano, que no conocieron el régimen precedente a la reforma agraria. Mejor formados, más dinámicos y autónomos, desplazaron a los caciques ligados al MNR, rompieron con este partido que ofreció el voto pero limitadas oportunidades de ejercer cargos de responsabilidad ejecutiva o legislativa. Este movimiento, vivero del katarismo, se desarrolló en el altiplano de La Paz desde fines de la década de 1960: si bien la votación para sus candidaturas permaneció baja en la transición, marcó la primera ruptura de un significativo sector popular. Un proceso similar ocurrió en las minas del norte potosino y en centros industriales urbanos, donde la candidatura de V. Paz se vio minada por el activismo de la izquierda.

Por último, las políticas económicas liberales acentuaron la fragmentación del voto. Pese a la reanudación del crecimiento económico luego del colapso en el retorno a la democracia, la desigualdad permaneció alta y la reducción de la pobreza lenta: de 85.5% en 1976 a 70.9% en 1992 y 58.6% en 2001 (Instituto Nacional de Estadísticas, 2002: 6). Un extenso sector informal absorbió a personas que no lograban insertarse en los circuitos modernos de la economía ni en el andamiaje estatal. Los votantes desfavorecidos expresaron su descontento. El severo plan del MNR para frenar la inflación distanció a franjas populares, en especial rurales de pequeña propiedad y mineros.

Esta dinámica se reprodujo con los gobiernos siguientes, dirigidos por el MIR, el MNR en dos oportunidades y ADN. Cada vez que un

---

<sup>5</sup> En Europa, la extensión del voto a los obreros y otras categorías populares favoreció a los partidos socialistas y desplazó a los liberales (Duverger, 2000: 240-241).

partido ejerció el gobierno no satisfizo las expectativas de mejoría social y sufrió el alejamiento de electores de escasos recursos, al punto de no reencontrar nunca el nivel con el cual accedió al poder. Ciudadinos de barrios periféricos, campesinos de parcelas, cooperativistas mineros, agricultores migrantes a tierras bajas (colonizadores), artesanos, dejaron de confiar en esos partidos. De 1985 a 2002, el MNR, ADN y MIR cayeron de 73.2 a 42.1%. Las pérdidas fueron menores en Tarija, Beni y Pando, aunque los niveles de partida eran muy elevados, limitadas en Chuquisaca; importantes en Santa Cruz, arrastradas por los anillos periféricos, pobres y de inmigrantes de la capital y las regiones de colonización; significativas en los departamentos occidentales de Cochabamba, La Paz, Oruro y Potosí.

Ello produjo tres efectos. Progresivamente desapareció el voto concentrado detrás del MNR que caracterizó, de una u otra manera, incluso las elecciones de la transición. Los partidos gobernantes (MNR, ADN, MIR) perdieron la capacidad para reunir a la mayoría del electorado. Partidos emergentes como Condepa o UCS canalizaron el descontento de quienes veían pocos beneficios de la economía de libre mercado. Ambos partidos se dirigieron a categorías poco consideradas en sus especificidades por las organizaciones ya existentes. Condepa estableció una relación singular con los inmigrantes rurales en La Paz y El Alto y con comerciantes informales, grupos relativamente recientes, desconocidos en la década de 1950, cuando la estructura socioeconómica del país era poco compleja, o secundarios en los años 1970, cuando la izquierda buscó ser portavoz de grupos populares bien estructurados, como el proletariado sindicalizado.

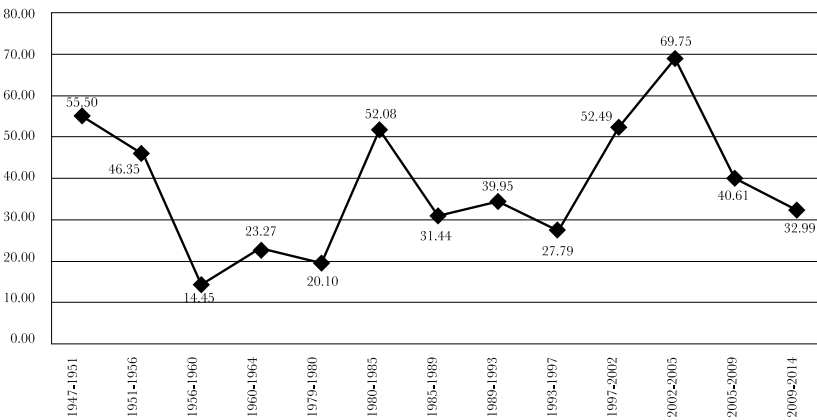
La fragmentación del voto reflejó la diversificación social y económica del país. El proceso se dio sobre todo en las ciudades, pero hubo ejemplos rurales, como la extensión compacta de campesinos cocaleros en el trópico cochabambino cuyas prioridades, preocupaciones y exigencias tenían pocos equivalentes en el resto del campesinado. Desde ese núcleo se forjó el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP) que al no lograr el reconocimiento para su sigla se apropió y dio consistencia al MAS.

La representación proporcional contribuyó a estos resultados, con su permisividad para el fortalecimiento de partidos desde bases modestas: el MAS pasó de menos de 5% en 1997 (cuando integraba la Izquierda Unida) a aproximadamente 20% en 2002 y a la mayoría absoluta en 2005. Tampoco penalizó la división: del MIR, se escindió

el MBL, que a su vez sufrió el desgajamiento del MSM; luego se desprendieron el PP y UN. El final del siglo XX corresponde a un periodo de volatilidad limitada, al menos en comparación con los bruscos desplazamientos en la víspera de la revolución de 1952, el desgarro de la UDP y el desplome del sistema partidario a partir de los primeros años del siglo XXI (gráfico 3).

*Gráfico 3*

Volatilidad electoral agregada en las elecciones presidenciales. 1947-2014



Fuente: elaboración propia.

Desde finales de la década de 1980 y durante algo más de una década, el sistema partidario se estabilizó alrededor de la triada MNR, ADN y MIR, disputando la victoria, alternando en la presidencia y dirigiendo las coaliciones gubernamentales, flanqueada por Condepa y UCS, que parecían desprovistos de perspectivas de ganar pero sí ascendían paulatinamente gracias al voto popular e integraban las coaliciones. Otros partidos tenían una presencia electoral regular, como el MBL, con pisos electorales menores.

Las redistribuciones de la votación se daban con cierta parsimonia, con pendientes moderadas al alza o a la baja: a modo de ejemplo, Condepa creció de 12.2% en 1989 a 14.2% en 1993 y 17.1% en 1997, el MIR pasó de 10.1% en su debut autónomo en 1985 a 21.8% en 1989, quedó en 16.7% en 1997 (en 1993 se presentó coaligado con

ADN) y 16.3% en 2002. El elevado promedio boliviano de volatilidad electoral agregada, de 41 entre 1979-2009, bajó en ese periodo y se situó alrededor de la media andina de la fase 1990-2005 (Cabezas, 2010: 106). Este juego contenido se sacudió a principios del siglo XXI, con cambios electorales bruscos que precipitaron la transformación del sistema partidario y político.

## V. EVOLUCIONES DESDE 2005: EL COLAPSO DEL SISTEMA PARTIDARIO MODERADO Y LA EMERGENCIA DE UN PARTIDO PREDOMINANTE

### 1. *Contexto*

El periodo que se abre en 2005 se caracteriza por el colapso del sistema de partidos moderado y centrípeto. Los partidos se derrumbaron electoralmente, se desestructuraron o desaparecieron, las normas de regulación de la vida partidaria perdieron relevancia práctica. Sobre esas ruinas emergió de manera predominante el MAS sin que sus adversarios lograsen contraponer organizaciones sólidas. El cambio se inscribió en una dinámica de cuestionamiento de los consensos precedentes: la democracia representativa y procedimental, la economía de mercado, el multiculturalismo moderado.<sup>6</sup>

El quiebre de 2005 no fue súbito, lo antecedió un deterioro de al menos un lustro. Al ingresar al siglo XXI, Bolivia sufrió el impacto de la crisis económica regional que deterioró aún más sus términos de intercambio, contrajo el crecimiento y retrocedió el ingreso per cápita del Producto Interior Bruto (Morales, 2007: 67-68). La legitimidad de la economía de mercado, sustentada en sus rendimientos, quedó en tela de juicio. La arraigada preferencia por el Estado protector, controlador de los recursos estratégicos, retornó rápido y con fuerza a la superficie (Molina, 2006: 42-43). Además, los movimientos sociales, que sucedieron a los sindicatos como principal forma de agrupación y articulación de los sectores populares, acorralaron al Estado por primera vez desde que aplicaron las medidas liberales (García *et al.*,

---

<sup>6</sup> Si bien existen razones específicas para el caso boliviano, evoluciones próximas sucedieron en otros países andinos, primero en Venezuela de la mano de Hugo Chávez, luego en Ecuador bajo el liderazgo de Rafael Correa.

2001). Estallaron conflictos cada vez más numerosos, violentos y críticos con la orientación del Estado (Laserna, 2004: 43-47).

El malestar socioeconómico acrecentó las críticas contra el sistema de partidos, evaluado con dureza; como en otros países, las reformas políticas no consiguieron “mejorar sustantivamente la percepción de la opinión pública hacia los partidos” (Freidenberg y Alcántara, 2009: 15). El apoyo y aún más la satisfacción con la democracia tocaron los puntos más bajos: en 2004, los valores respectivos se establecieron en 45 y 16% cuando la media boliviana en el periodo 1995-2015 fue de 65 y 48% (Latinobarómetro, 2015: 34-40).

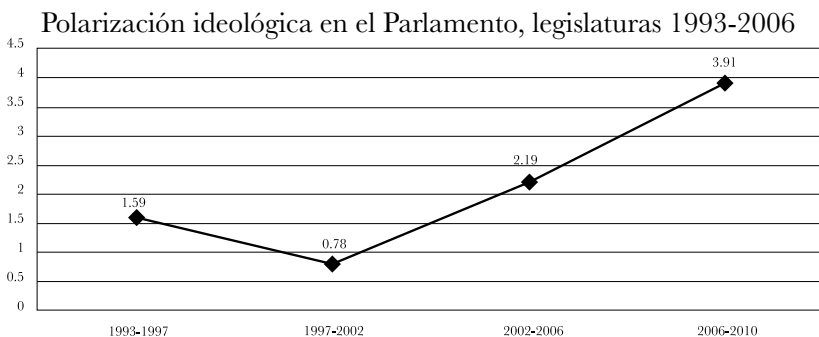
La presidencial de 2002 reflejó esas tensiones (Borth y Chávez, 2003). Los votantes se dividieron en dos segmentos de peso equivalente: los satisfechos con el balance de las políticas públicas de los quince años previos, agrupados detrás del MNR, MIR y ADN, incluyendo franjas del electorado de NFR, y los descontentos, que votaron por el MAS, por el Movimiento Indigenista Pachacuti (MIP), en parte por NFR, además de organizaciones pequeñas. Ganó el MNR, pero el dinamismo quedó del lado del MAS, inesperado segundo (Gálvez, 2002: 21-22). Dirigido por Morales, el líder de los coccaleros, se presentó como el adalid del cambio del sistema político, social y económico. Aprovechó el descrédito de UCS y el vacío dejado por Condepa, desprestigiado por su paso por el gobierno de Banzer e incapaz de reemplazar a su fallecido fundador Palenque, que ejercía un poder centralizado (Alenda, 2002: 106-111).

Los comicios echaron por tierra los consensos dominantes desde 1985 y la segunda presidencia de Sánchez de Lozada no pudo disimular el declive de la confianza en la economía liberal, en el sistema partidario, en las alianzas de gobernabilidad. Reaparecieron tendencias centrífugas, con visiones antagónicas sobre la economía, la sociedad, la cultura y la política (Mayorga, 2004: 27-49), y finalizó el “enfriamiento ideológico” de una de las sociedades más ideologizadas de América Latina (Tuesta, 2010: 299). El MNR y el MAS se contrapusieron en todos los temas y en todos los escenarios. La polarización en el Congreso (tabla 6) fue sólo una faceta de un movimiento que desbordó el campo electoral y partidario para extenderse al sistema político y al conjunto de la sociedad: a principios del siglo XXI, Bolivia volvió a debatir sobre el Estado que quería y el modelo de país que deseaba ser.

Sánchez de Lozada gobernó con el apoyo del MIR, NFR y UCS pero tan amplia mayoría congresal resultó insuficiente, más bien acentuó la percepción social entre pactos partidarios y cuoteo de cargos públicos (Costa y Rojas, 2004: 11). Un presidente débil y poco popular, enfrentó problemas desde el principio, hasta que en 2003 se encadenaron los conflictos sociales y políticos que forzaron su renuncia. Su caída provino de una movilización que mezcló elementos nacionalistas, clasistas y étnicos (Loayza, 2015). Su caída resquebrajó el modelo que encarnó: supremacía de la economía de mercado con presencia de la inversión privada; democracia representativa con un papel central de partidos e instituciones, multiculturalismo moderado.

Su sucesor, el vicepresidente Carlos Mesa, procuró responder a las nuevas expectativas, se abrió a la convocatoria de una Asamblea Constituyente, replantear la relación del Estado con las compañías petroleras con un referéndum sobre la política energética, reconfigurar la relación del poder central con las regiones, y decidió gobernar sin partidos (Mesa, 2008). Desprovisto de base propia, no resistió la presión de la calle y dimitió (2005). El cargo recayó en el presidente de la Corte Suprema de Justicia, Eduardo Rodríguez, con la responsabilidad de organizar una elección general anticipada. Se confirmó el papel de fusible de los presidentes (Pérez-Liñán, 2009), quizá vía ineludible para evitar que la crisis de un gobierno sea la de la democracia, un riesgo inherente al presidencialismo

*Gráfico 4*



El índice mide las diferencias entre las posiciones ideológicas más extremas del espectro y se establece de 1 a 10.

Fuente: Observatorio de Instituciones Representativas de la Universidad de Salamanca.



Al igual que los comicios de 1985, los de 2005 fueron de realineamiento (Romero Ballivián, 2007: 69-71). Por primera vez desde el retorno a la democracia, un partido triunfó con mayoría absoluta y conformó un gobierno monocolor. La amplia victoria le permitió al MAS plantar las bases de un país distinto al construido desde 1985, aunque en un ambiente polarizado. Como el MNR revolucionario, el gobierno de Morales concibió al Estado “como la institución que encarna simbólicamente a la Nación” (Komadina, 2008: 183-196) y concibió la democracia como expresión mayoritaria del pueblo política y socialmente movilizado que concentra el poder en el Ejecutivo, más que como equilibrio de poderes independientes, perfeccionamiento del Estado de derecho, espacio del pluralismo y disenso. Devolvió al Estado un papel activo en la economía mediante la creación de empresas públicas y nacionalizaciones en minería, telecomunicaciones y electricidad (en el campo de hidrocarburos, la “nacionalización” fue en realidad una renegociación de los contratos). En paralelo, achicó el espacio para la inversión externa y privada en términos generales.

A diferencia del periodo revolucionario, exaltó y acentuó la politización de las identidades étnicas, en particular de corte indígena (Loayza, 2011: 97-162). Si la descentralización departamental se encontraba demasiado avanzada para ser revertida, procuró enmarcar su práctica lo más posible para asegurar la preeminencia del nivel central. En política exterior, en un contexto de distanciamiento regional, enfrió el contacto con Estados Unidos (Fernández, 2013: 81-84), y estrechó vínculos con la Alianza Bolivariana para los Pueblos de nuestra América (ALBA), en especial con Venezuela, convertida en un referente político. El modelo sirvió para la convocatoria a una Asamblea Constituyente en 2006, ganada por el MAS con mayoría absoluta.

La nueva Constitución, tensa y laboriosamente elaborada (Gamba, 2009), fue aprobada mediante referéndum en 2009. Ella reflejó numerosas prioridades del MAS. Definió al Estado como “plurinacional” (Lazarte, 2011: 193-231). De manera clave, en el campo institucional, quebró el tabú de la reelección inmediata, en beneficio del mandatario de turno, lo que alejó aún más a América Latina de la prohibición reeleccionista que dominó en el retorno a la democracia (Zovatto, 2014: 39-45). En 2009, Morales ganó por segunda vez la presidencia, con mayoría absoluta, con la mayor ventaja frente al segundo desde el retorno a la democracia y con una de las distancias

más contundentes en el siglo XXI en América Latina. En una decisión jurídicamente polémica pero políticamente aguardada, Morales se habilitó para otra reelección en 2014, presentada como la segunda en el marco de la nueva Constitución. Consiguió su tercer triunfo consecutivo con mayoría absoluta. Para 2016, convocó un referéndum para autorizar una nueva reelección.

La victoria en 2005 debió mucho a las insatisfacciones y frustraciones acumuladas. Las reelecciones en 2009 y 2014 reposaron sobre otros pilares. El primero fue un clima económico excepcionalmente favorable, con un crecimiento promedio del 5% entre 2006-2014 (*datos.bancomundial.org*) gracias a una valorización de los productos de exportación (gas, soja y derivados, minerales) en un contexto político y social estable, en especial después de 2008 cuando el choque entre el gobierno y los poderes regionales del norte, este y sur se decantó a favor del primero (véase sección V.3). La bonanza facilitó inversiones públicas en infraestructura, una política social de bonos a sectores en situación vulnerable (niños de escuelas públicas, embarazadas, ancianos), y el pago de un aguinaldo extra en algunas gestiones. Sectores como la construcción tuvieron tasas de crecimiento altas durante fases prolongadas.

El segundo pilar fue el afianzamiento de las identidades étnicas, con un contenido político, incluso partidario. El éxito electoral y político del MAS fue dar expresión política a esta construcción y cohesión de la identidad racial: la correlación, en el nivel municipal, entre la autoidentificación como indígena y el voto por el MAS supera el impresionante 0.90 (Loayza, 2015). El MAS generó una alianza orgánica con el movimiento campesino en la cual el apoyo electoral fue aparejado con una masiva inclusión de dirigentes en las listas electorales y en cargos públicos. Similares alianzas tejió con otros sectores populares organizados, como los cooperativistas mineros, los transportistas, los microempresarios. Fruto de esas alianzas, la Cámara de Diputados de 2009 fue la de menor porcentaje de representantes que iniciaron su trayectoria política en un partido, la más joven, con numerosos parlamentarios menores de 30 años, y la de menor nivel de escolaridad. Indudablemente, la llegada del MAS al poder produjo un recambio de elites políticas (Cabezas, 2013: 2-4).

Las movilizaciones de sectores populares disminuyeron y sobre todo dejaron de confrontar las orientaciones del Estado, más bien buscaron mejores tajadas de la nueva prosperidad, prolongando las

tendencias rentistas de la sociedad, vinculadas con una inclinación estatista y corporativa (Laserna, Gordillo y Komadina, 2011: 101-102).

2. *El quiebre político y jurídico del sistema de partidos  
y el desacoplamiento del nivel nacional y subnacional*

La última década del siglo XX correspondió a un esfuerzo sostenido por construir un sistema de partidos competitivo, institucionalizado y, de ser posible, centripeto. La ley de partidos de 1999 debía ser el eje de esa construcción, resultó el canto del cisne. En el cambio de siglo, el interés por el sistema de partidos decayó de manera notable, se le dejó periclitarse cuando no se buscó directamente desmontarlo, al achacarle numerosos vicios: salpicado por escándalos de corrupción, cubiertos con un manto de impunidad, excluyente al abocarse a acuerdos para distribuir cargos públicos entre los militantes en nombre de la gobernabilidad, poco renovado por la dificultad para reemplazar los liderazgos nacionales y reproduciendo el poder en círculos cada vez más estrechos. El sistema de partidos se quebró primero y de manera fundamental, de manera política y luego jurídicamente.

La presidencial de 2002, marcada por la fatiga del sistema partidario, presagiaba un complicado gobierno para Sánchez de Lozada. Su renuncia, al cabo de poco más de un año, dejó en la estacada a los partidos que lo colaboraron, hundidos en el descrédito. Esas organizaciones constituían una parte amplia del sistema: el MNR, primero o segundo en todas las elecciones durante medio siglo, hasta 2002; el MIR, activo desde 1979; UCS, NFR y el MBL; incluso, ADN que no integró la coalición, era percibida como ideológicamente cercana. Los partidos quedaron debilitados en su liderazgo: fue evidente para el MNR, cuya plana mayor abandonó Bolivia luego de 2003. En los otros, afloraron las escisiones, fracturas, distanciamientos.

Del MIR se desprendieron Unidad Nacional (UN) de Samuel Doria Medina, y Plan Progreso (PP) de José Luis Paredes. En ADN, Jorge Quiroga declinó asumir la jefatura, en UCS, los hermanos Johnny y Roberto Fernández se separaron. Las bancadas parlamentarias perdieron su disciplina y se condujeron al margen de las fragilizadas direcciones nacionales. Los dirigentes dieron la espalda a sus partidos: en 2005, los jefes del MIR, J. Paz, de ADN, Quiroga y de NFR, Reyes Villa, compitieron para diferentes cargos con siglas desligadas de sus formaciones originales. Como sucede habitualmente con el transfu-

guismo, el desbande testimonió la fragilidad en la cual cayó el sistema de partidos y, en este caso, acentuó la crisis.

Las presidenciales de 2005, 2009 y 2014 ilustraron la amplitud del derrumbe del sistema partidario y las dificultades para reconstruirlo. En la primera, desistieron de competir el MIR, el MBL, UCS y ADN, como nunca desde su fundación. Ello no significó el repliegue de los políticos. Muchos se cobijaron en las listas de Podemos, una galaxia laxa de personalidades y grupos creada para sostener la candidatura presidencial de Quiroga. Sin embargo, dificultaron su ambición de encarnar la renovación. Tras la elección de la Asamblea Constituyente de 2006, el MIR y el MBL perdieron la personalidad jurídica. En 2009, faltó el MNR, Podemos desapareció a pesar del segundo lugar en la presidencial de 2005 y en la Asamblea Constituyente de 2006. En 2014, ADN, UCS y MNR, no inscribieron candidatos; tampoco PPB-Convergencia Nacional (PPB-CN), la coalición que logró el segundo lugar en 2009 y que se asemejó a Podemos en su frágil estructura y su fin estrictamente electoral.

Sólo el MAS mantuvo su fuerza y cohesión. Desde 2002, cuando Morales alcanzó el segundo lugar, se colocó en una posición clave en el sistema político, más que como un opositor al gobierno, en el opositor al sistema de economía de mercado y al sistema de partidos, ambos desprestigiados (Zegada, 2002: 50-60). En 2005, no tuvo verdaderos competidores para aglutinar el voto de protesta, ensanchando con la inestabilidad política, la crisis económica, los conflictos sociales.<sup>7</sup>

De manera paralela y en medio del desbande, en un intento finalmente vano por recuperar la simpatía ciudadana, los mismos partidos quebraron jurídicamente el sistema partidario. Dos líneas fueron importantes. Por un lado, se desmanteló el financiamiento público a los partidos, reduciéndolo a la mitad y confiando la administración a la CNE (2005), y ya durante el gobierno del MAS, suprimiéndolo (2008), sin discusión sobre sus méritos o problemas, sin un balance de una década de funcionamiento ni una reflexión sobre sus implicaciones para la democracia (Romero Ballivián, 2011: 105-115). En un país polarizado y tenso, la supresión pasó como un hecho menor en los círculos intelectuales, los medios, instituciones y organizaciones in-

---

<sup>7</sup> El caso recuerda, en cierta medida, lo acontecido con Alberto Fujimori en Perú, Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, cuando de forma simultánea se produjo la caída del sistema de partidos y la concentración del voto, y del poder, en un candidato ajeno a ese sistema y crítico con el *statu quo*.

ternacionales que un día lo apoyaron. El financiamiento era una pieza importante y simbólica del fortalecimiento del sistema de partidos: apuntaba a dotar a las organizaciones de una estructura institucional sólida y transparente. Su eliminación les restaba un privilegio y una obligación que les exigía justamente desarrollar un aparato estable, profesional, competente, capaz de rendir cuentas.

Por otro lado, y de manera aún más decisiva, en 2004, se aprobó la Ley de Agrupaciones Ciudadanas y Pueblos Indígenas, con el objetivo declarado de romper el “monopolio” de representación de los partidos. La norma permitió, en la práctica, organizar partidos de escala municipal, regional o departamental, reuniendo firmas para la circunscripción deseada. Los efectos se sintieron de inmediato: si en la oportunidad anterior, en la municipal de 1999, compitieron menos de 20 partidos, todos con personería nacional, en 2004 más de 900 agrupaciones ciudadanas y pueblos indígenas solicitaron su reconocimiento; casi 400 lo consiguieron, la inmensa mayoría para competir en un solo municipio (Costa, 2004: 60-61). Se llevaron 30.5% de los sufragios y 22.9% de las concejalías (Kafka, 2005: 35-36). En las elecciones municipales y departamentales siguientes, las de 2010, la situación se atenuó pues compitieron algo menos de la mitad de organizaciones de 2004, entre partidos, agrupaciones ciudadanas y pueblos indígenas.

Esta apertura permitió la presencia de candidatos con poca o sin experiencia política —en general con resultados mediocres— y sobre todo de dirigentes partidarios, locales, regionales, incluso nacionales, con sus propias agrupaciones, buscando los votos sin el lastre de siglas desacreditadas o sin pasar por eventuales procesos de selección interna que dejaban heridas. Desde entonces, cada vez más, los líderes crean organizaciones *ad hoc*, sin vínculos con agrupaciones nacionales y sin sentirse solidarios de otro dirigente o dependientes de jefaturas nacionales. Por ejemplo, Percy Fernández, carta fuerte del MNR en Santa Cruz, se desligó del partido, fundó el Movimiento de Unidad Popular para competir y ganar en 2004 la alcaldía de Santa Cruz, en tanto que en 2010 y 2015 lo hizo con Santa Cruz Para Todos.

Los partidos sufrieron una sangría que los privó de cuadros con iniciativa y popularidad, y sus estructuras territoriales se desmenuzaron. En el esquema previo, cualquier candidato potencial para una elección local requería una sigla partidaria y al mismo tiempo, las organizaciones deseaban ensanchar su base geográfica, mejorar sus

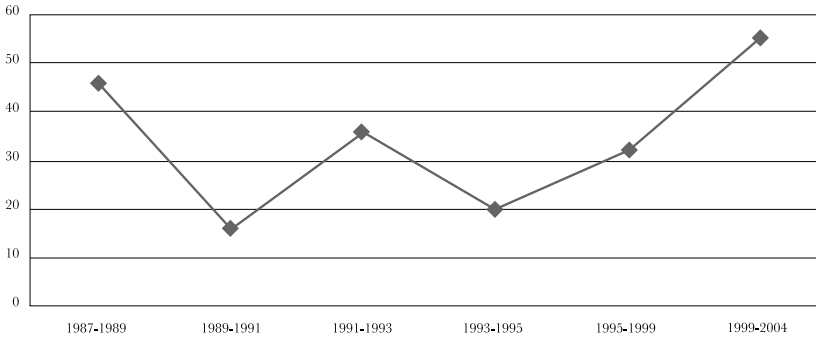
números finales, buscar futuros candidatos parlamentarios. Existían las condiciones para un acercamiento recíproco. La nueva ley volvió superfluos a los partidos, pues tenían poco que ofrecer, ni siglas atractivas, recursos, militantes, ni perspectivas halagüeñas, y por lo tanto sus raíces se contrajeron y secaron. Prueba adicional de la irrelevancia del sistema de partidos, varios partidos dejaron de renovar sus direcciones sin suscitar conflictos o reclamos (Zegada, 2014: 147-149).

Hasta ese momento, el sistema de partidos se había adaptado al desafío de la descentralización, incluso cuando se aprobó la Ley de Participación Popular que facilitó la emergencia del ala local de la tercera generación de partidos. Esta ala actuó con cautela en el escenario nacional aunque sus líderes aspiraban a jugar en las grandes ligas: en la primera presidencial en la cual tuvo oportunidad de participar, NFR optó por aliarse con ADN (1997), en tanto que el MSM se mantuvo al margen (2002) y en la segunda, se alió al MAS (2005). Ciertamente, en las municipales, el abanico partidario se extendía al máximo y casi todos los partidos presentaban candidatos —con la ventaja que podían inscribirlos para todas las alcaldías del país o sólo para una— pero la volatilidad electoral municipal entre 1987 y 1999 no indica dificultades especiales de los partidos dominantes a nivel nacional en el campo local. De hecho, quizás únicamente el Frente Revolucionario de Izquierda (FRI) podría catalogarse como una organización regional: en la presidencial acudía siempre en alianza, y en la municipal, tenía una presencia acotada pero persistente en Tarija.

ADN ganó las municipales en la fase 1987-1991, solo o en alianza con el MIR, el MNR desde 1993 hasta 1999. Además, como se mencionó, los partidos tendieron a reproducir en el ámbito municipal las coaliciones nacionales, conservando una coherencia entre los dos niveles, aunque ello, por supuesto, mermó el juego político local y pudo desagradar a los electores que podían ver cómo la preservación de pactos nacionales conducía en sus municipios a fórmulas que juzgaban insatisfactorias. El pico de la volatilidad electoral municipal correspondió a 1989, cuando se instala el sistema partidario vigente durante casi tres lustros, con el debut de Condepa y UCS (además de la conformación en esa oportunidad del Acuerdo Patriótico por el MIR-ADN), antes de que alcanzara su récord en 2004, con el colapso del sistema de partidos (tabla 5).

*Gráfico 5*

Volatilidad electoral agregada en las elecciones municipales. 1987-2004



Fuente: elaboración propia.

La Ley de Agrupaciones Ciudadanas ciertamente hubiera afectado por sí misma al sistema de partidos, al menos en el campo local: casi un voto sobre tres en la municipal de 2004 se dirigió a una agrupación ciudadana o un pueblo indígena. El derrumbe desde la municipal de 2004 no se debió a esa ley sino a la crisis del final abrupto del gobierno de Sánchez de Lozada. La presidencial de 2005 confirmó ese movimiento, castigó a los impulsores del ordenamiento político y económico liberal y privilegió al MAS, su principal antagonista.

La elección de 2004 marcó un punto de inflexión porque desacopló el nivel nacional del sistema de partidos del nivel subnacional, en una trayectoria con similitudes con otras áreas andinas. Desde entonces, con la excepción del MAS, el colapsado sistema nacional carece de medios suficientes para pelear las gobernaciones y las alcaldías, un espacio donde prosperaron las agrupaciones ciudadanas. Aún a meses de distancia, la política nacional y la política regional discurren por caminos con escasos puntos de convergencia, y la brecha se acentúa de manera considerable en el ámbito municipal, mucho más fragmentado. Las elecciones de gobernadores de 2010 y 2015, ofrecen un panorama distinto de las presidenciales que les antecedieron (2009 y 2014), a pesar de celebrarse menos de un semestre después. La tabla 2 ilustra estos escenarios distintos.

*Tabla 2*

Partidos que obtuvieron los tres primeros lugares en las presidenciales y en las elecciones de gobernadores. 2005-2015

Elección	2005-P <sup>a</sup>	2005-G	2009-P	2010-G	2014-P	2015-G
Movimiento Al Socialismo (MAS)	53.4 (1)	30.4 (1)	64.2 (1)	50.1 (1)	61.3 (1)	41.8 (1)
Poder Democrático y social (Podemos)	28.5 (2)	18.6 (2)	-	-	-	-
Unidad Nacional (UN)	7.7 (3)	3.5 (6)	5.6 (3)	9.3 (4)	24.2 (2)	3.2 (4)
Autonomía para Bolivia / Verdes / Unidad Demócrata (UN) <sup>b</sup>		9.6 (3)		13.8 (2)	-	20.6 (2)
Plan Progreso para Bolivia (PPB-CN)	-	-	26.4 (2)	-	-	-
Movimiento Sin Miedo (MSM)				10 (3)	2.7 (4)	-
Partido Demócrata Cristiano (PDC)				-	9 (3)	-
Soberanía y Libertad SOL.BO	-	-	-	-	-	14.7 (3)

<sup>a</sup> La elección de 2005 fue simultáneamente presidencial y de gobernadores (denominados en ese momento, prefectos).

<sup>b</sup> La agrupación ciudadana Autonomía para Bolivia (2005), Verdes (2010), con personalidad jurídica en Santa Cruz, se transformó en Unidad Demócrata, con personalidad jurídica nacional, y participó en alianza con UN en la presidencial 2014.  
 Fuente: elaboración propia con datos de los Informes de la Corte Nacional Electoral al Congreso.

Los puentes entre el nivel nacional y el subnacional que ya no tienden las organizaciones políticas son, empero, contruidos por los dirigentes,



lo que, en la práctica, atenúa la separación. Sirven de ejemplo Ernesto Suárez, gobernador de Beni en 2010 con su agrupación ciudadana, candidato vicepresidencial de UD en 2014 y de nuevo candidato a la gobernación en 2015, y Adrián Oliva, diputado por PPB-CN en 2009 y gobernador de Tarija con una agrupación ciudadana en 2015.

*3. Alta participación y polarización, concentración del voto y consolidación de un partido predominante con tendencias hegemónicas en un sistema partidario colapsado*

Desde 2005 repuntó la participación electoral, luego de la disminución en la última década del siglo XX. La llegada al gobierno de Morales, precedida de una intensa movilización social, cuestionadora del Estado, favoreció el alza. La presidencial de 2005 y la Asamblea Constituyente de 2006 tuvieron un índice de 85.4%; la presidencial de 2009 estableció el récord con 94.3%, una cifra excepcional en cualquier perspectiva internacional, que disminuyó a 89% en la de 2014 y 87.9% si se incluye la votación en el exterior (gráfico 6). Con esos porcentajes, en el periodo 1995-2015, Bolivia ocupa el segundo lugar en América Latina en participación en elecciones presidenciales, apenas superada por Uruguay (Latinobarómetro, 2015: 43).

*Gráfico 6*

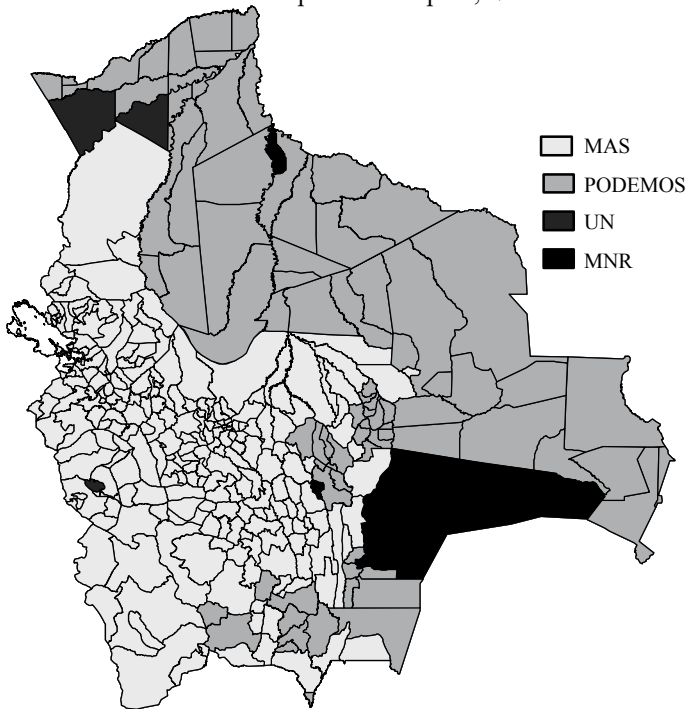
Porcentaje de participación en elecciones presidenciales. 1951-2014



Fuente: elaboración propia. Se omite la elección de 1964 para la cual no existe disponible la información de inscritos. Para las de 2009 y 2014, el cálculo se hace sólo con respecto a los inscritos en Bolivia.

El ascenso de la participación no es ajeno a la polarización que tensó el sistema partidario pero lo excede. En efecto, la presidencial de 2005 concentró y polarizó un voto disperso durante dos décadas pero de manera distinta a lo que sucedió en la Revolución, cuando el voto contrapuso al MNR y FSB en tal desequilibrio que el oficialismo pudo ignorar las exigencias, reivindicaciones o inquietudes de la oposición conservadora. En cambio, el dominio del MAS en el escenario partidario (en cuentas gruesas, duplicó al segundo en las presidenciales de 2005, 2009 y 2014) oculta una rivalidad entre dos visiones antagónicas sobre la sociedad, la economía, la cultura y la política, con bastiones geográficos contrapuestos, y dentro de reglas, que aún a pesar de ser desportilladas, circunscriben el enfrentamiento al ámbito institucional.

*Mapa 1*  
Resultados por municipios, 2000



Fuente: elaboración propia.

La distinción de niveles es fundamental: el sistema partidario se ha desestructurado y frente a organizaciones endebles, efímeras, sólo queda en pie el MAS, convertido en un partido predominante. En el campo político, rivalizan dos bloques, ambos significativos, que han tendido a mantenerse estables después de una década de gobierno de Morales. Las dos primeras victorias presidenciales del MAS no se construyeron sobre un respaldo que cubriera todo el territorio y sobre todo los contrastes regionales adquirieron significados políticos fuertes (mapa 1).

Pando, Beni, Santa Cruz y Tarija respaldaron candidatos presidenciales y prefecturales rivales al MAS. Frente a las dos primeras presidencias de Morales, se parapetaron en los comités cívicos, movimientos de base territorial que desbordan los cuadros partidarios, en el empresariado, en las gobernaciones y las agrupaciones ciudadanas departamentales (el MAS nunca ganó las gobernaciones de Santa Cruz y Tarija, en 2015 se impuso en la de Beni al cabo de un proceso jurídicamente polémico). Juntos tuvieron capacidad de movilización y de ocupación de la calle, exigiendo la autonomía departamental (Zegada, 2010: 207-209). Esa lucha evocó y recuperó los acentos de la pelea por las regalías petroleras. En 2008, desafiaron (y perdieron) al gobierno al plantear referendos regionales sobre sus estatutos departamentales, la revocatoria del mandato presidencial, la ocupación de instituciones públicas.

Así se acumularon las oposiciones, políticas, regionales, sociales, económicas que polarizaron en líneas de conflicto que tendieron a sumarse antes que a cruzarse, creando dos bloques diferenciados. La reelección de 2014 rompió, en apariencia, la dicotomía pues aunque Morales tuvo un porcentaje nacional menor a 2009, venció en ocho de los nueve departamentos, incluyendo el emblemático Santa Cruz. Allí utilizó la táctica ya usada en otras regiones septentrionales de difícil penetración para el MAS, y pactó con sectores de las élites tradicionales. Su votación se nacionalizó de manera significativa pero el antagonismo regional y social, atenuado en superficie, permanece latente. La política se desarrolla al margen del desorganizado sistema de partidos, como no sucedía desde el retorno a la democracia. El afianzamiento del sistema de partidos dejó de ser una prioridad en la agenda del sistema político.

Sin el MAS, el sistema partidario se describiría como atomizado y volátil, pero su presencia marca una diferencia sustancial. Ha adquiri-

do una posición predominante, vencedor con mayoría absoluta de las presidenciales de 2005, 2009, 2014, la Asamblea Constituyente de 2006, el referéndum revocatorio de 2008, el referéndum constitucional de 2009 y la regional de 2010, y con mayoría relativa de la regional de 2015.

La oposición al MAS no logró consolidar partidos ni los partidos consiguieron canalizar las demandas contrarias a Morales. En las elecciones de 2005, 2009 y 2014, Podemos, PPB-CN, Unidad Demócrata, respectivamente, no pasaron de ser plataformas de respaldo a candidatos. Se desagregaron pronto, perdieron cohesión en el Parlamento, carecieron de vínculos con alcaldes y gobernadores opositores. Como mostró la tabla 2, ninguna consiguió prolongarse en las elecciones locales celebradas al poco de la presidencial ni repetir presencia en la presidencial siguiente.

El baile de las siglas no ha supuesto, empero, una rotación del personal político (Jorge Quiroga compitió en dos oportunidades y Samuel Doria Medina lo hizo en las tres desde 2005) ni cambios en la estructura de las bases electorales. El electorado opositor continúa reclutándose en las tierras bajas y en las ciudades, y tiende a privilegiar al candidato que parezca en mejores condiciones de oponerse a Morales en esa elección. Tampoco los permanentes cambios de camiseta de los dirigentes políticos generan un sentimiento de transfuguismo en la sociedad, que ya no percibe al sistema político estructurado por partidos, sino por dos bloques: el MAS y el antimasismo. En tanto un líder se mueva en ese bloque, su precisa adscripción en unos comicios dados pierde relevancia (la afirmación vale para la oposición, pues el MAS actúa a la vez como bloque y como partido). Las únicas veces que hay una percepción de transgresión es cuando un político cambia de bloque.

En el juego interno del MAS, la preeminencia de Morales es completa. Ella explica que se forzase la interpretación constitucional para habilitarlo como candidato en 2014 y la organización en 2016 del referéndum sobre la reelección. También da cuenta de la marginalización de los disidentes, ninguno de los cuales logró apoyo relevante para competir nacionalmente (Komadina, 2013: 34-40). En este sentido, su control partidario es muy superior al que pudo tener V. Paz sobre el MNR revolucionario, en parte porque la heterogeneidad partidaria tiene en él el cimiento de la convergencia. Su fuerza proviene igualmente de una paradójica debilidad del MAS.

En efecto, el partido se encuentra lejos de tener una estructura correspondiente a sus niveles de votación, dejando de lado el nido del trópico cochabambino. Cuando Morales obtuvo el sorprendente segundo lugar en la presidencial de 2002, el partido tenía aproximadamente la misma envergadura que en la presidencial previa y en la municipal de 1999 cuando apenas rebasó el umbral de 3%. Su siguiente ascenso, a la mayoría absoluta, se volvió a hacer con una estructura nacional incipiente y pese a todos los progresos en la organización, ella permanece frágil y ha consolidado pocos liderazgos, incluso regionales.

Pese a una presencia nacional y el dominio electoral, al MAS se le dificulta jugar sin Morales. Ciertamente, en los comicios de 2010 ganó 228 de las 337 alcaldías y seis de las nueve gobernaciones, con aproximadamente la mitad de los sufragios (Carranza, 2014: 329-334). Sin embargo, en la regional de 2015, su votación en las gobernaciones decayó a 41.8%, suficiente para duplicar a la siguiente fuerza. En ambas ocasiones, y sobre todo en la segunda, probó su fragilidad en las ciudades pues organizaciones opositoras se impusieron en La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz, las cuatro ciudades más pobladas. También en 2015, sufrió un revés cuando el “no” se impuso en los referendos para los estatutos departamentales en los cinco departamentos donde se realizaron y que constituyen sus bastiones (La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba y Chuquisaca).

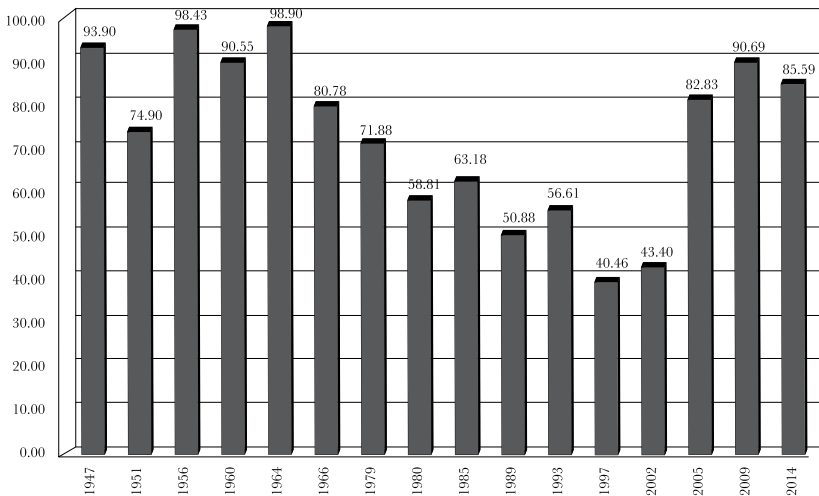
Recuperando la perspectiva histórica comparada, en el juego del sistema partidario, la ventaja electoral del MAS y el ambiente polarizado distinguen este periodo del previo, en el cual la competencia centrípeta generaba un abanico amplio de posibles coaliciones gubernamentales y en el electorado afinidades hacia partidos que postulaban programas próximos. Tras las elecciones de 2005, 2009 y 2014, el MAS no necesitó aliados para gobernar pero tampoco tiene en el espectro partidario organizaciones cercanas con las cuales le interese pactar; su electorado carece de partidos que parezcan susceptibles de aliarse con el MAS. Ocupa completo un polo político.

El otro polo, muy disperso, lo integran partidos y agrupaciones ciudadanas, frágiles en sus estructuras, poco articulados, eventualmente con liderazgos regionales fuertes pero débiles nacionalmente. Lo sostiene un voto con escasa identificación partidaria específica, poca preferencia nítida por algún líder opositor y definido, más bien, por su rechazo al MAS (*cf.* Tiberj, 2007: 287-319). Los intentos de una

tercera vía, prosperaron poco electoralmente, como probó el MSM cuando intentó distanciarse simultáneamente del MAS, su ex aliado, y de la “derecha” (Coca, 2014: 78 – 81). En la presidencial de 2014, perdió la personalidad jurídica al quedar por debajo de 3%. El volumen del MAS explica el súbito descenso del número efectivo de partidos en el área electoral, ilustrada en la tabla 2 y que la concentración del voto en los dos primeros partidos recuerde más las pautas de distribución de los años cincuenta y sesenta que el periodo precedente (gráfico 7).

Gráfico 7

Concentración de la votación en los candidatos primero y segundo, elecciones presidenciales. 1947-2014



Fuente: elaboración propia.

Preponderante por su talla electoral, el comportamiento del MAS posee rasgos de partido hegemónico que liman los bordes de la competitividad del sistema político, partidario y electoral. La calidad de la democracia y las condiciones para el ejercicio libre de los derechos políticos retrocedieron. En el indicador de *Freedom House*, en la categoría derechos políticos, Bolivia llegó a alcanzar la clasificación 1 (la máxima) en 1997 luego de haber estado en 2 desde el retorno a la democracia; descendió a 2 en 2003 y desde 2004 disminuyó hasta 3 (datos disponi-

bles desde 1973 en *www.freedom.com*). El índice de democracia del *Economist* de 2013 da a Bolivia una calificación de 5.8/10, para una media latinoamericana de 6.3, sólo por delante de Ecuador y Venezuela en América del sur.

El componente institucional de la calidad de la democracia disminuyó (Konrad Adenauer-Polilat, 2012: 12). Los árbitros de la vida política e institucional, como el Tribunal Constitucional o el organismo electoral, se debilitaron o vieron erosionada su credibilidad. A contramano de la confianza que inspiraron a partir de 1991, los comicios quedaron bajo un manto de sospecha (Oporto, 2009: 121-138). El padrón biométrico para la presidencial de 2009 constituyó un intento para superar los resquemores (Peñaranda y Candía, 2009: 49-55). La primera integración de vocales del TSE debió renunciar tras la regional de 2015, en medio de críticas a su trabajo técnico y de cuestionamientos a su imparcialidad, incluso desde ámbitos de la observación electoral internacional.

En el periodo, en localidades rurales de tierras altas, se constataron dificultades para el proselitismo, la cobertura mediática, las condiciones para la emisión de un voto libre, individual y secreto. En el referéndum revocatorio, hubo comunidades con una participación vecina a 100% y concentraciones del voto a favor del MAS cercanas a la unanimidad (Presidencia del H. Senado Nacional, 2009). A medida que se afianzó el gobierno, esas limitaciones fueron aceptadas y hasta reivindicadas por dirigentes del MAS.<sup>8</sup> Los problemas en la jornada electoral en los bastiones rurales del MAS fueron reportados por los medios y por las misiones de observación internacional (OEA, 2009: 18). Los comicios de 2009 y 2014 plantearon, más allá de la popularidad de Morales, el debate sobre la equidad en la contienda,

---

<sup>8</sup> Un dirigente campesino después de la presidencial de 2005 señalaba: “En nuestra comunidad hubo un voto por Tuto Quiroga, vamos a investigar de quién fue porque no podemos tolerar traiciones de nuestros propios compañeros”. Frase citada como ejemplo del carácter “corporativo-comunal” del apoyo al MAS (Stefanoni y do Alto, 2006: 20). En 2014, el ingreso de los partidos opositores a zonas rurales planteó problema, con amenazas de prohibiciones decididas por el sindicalismo campesino o el mismo MAS. Por ejemplo: “Veto a la campaña electoral de partidos opositores al gobierno del MAS”, *Erbol*, 11 de junio de 2014; “En el Chapare, no dejarán ingresar a los opositores”, *El Potosí*, 17 de julio de 2014. El diputado Luis Gallegos amenazó a los votantes del norte de Potosí con el “voto chicote” si no votaban en línea por los candidatos presidencial y parlamentario del MAS.

un asunto recurrente en los países con reelección inmediata (Aquino, 2012: 262-276).

La libertad de prensa se achicó, entre intimidaciones a los medios y la autocensura de los propietarios y de los periodistas (Molina, 2015: 63-72). La Sociedad Interamericana de Prensa colocó a Bolivia entre los países en los cuales los medios sufren restricciones por un “patrón de adversidades comunes a manos de presidentes arbitrarios e intolerantes que buscan acallar a la prensa crítica” (SIP, 2012) y en 2014 estimó que “la regulación de los mensajes políticos ha respondido a un interés de limitar la expresión de ideas y propuestas de partidos opositores”.

Figuras de la oposición fueron sometidas a juicios de responsabilidad, incluyendo los ex presidentes Rodríguez, Mesa, Quiroga y Sánchez de Lozada; otros dirigentes, partidarios o vinculados con el movimiento cívico cruceño, abandonaron el país frente a juicios abiertos en la justicia ordinaria o recibieron asilo político en países de orientaciones políticas tan distintas como Brasil, Perú o Estados Unidos.

Corolario poco sorprendente a la luz de estas evoluciones aunque novedoso en sus modalidades, el irrespeto de la decisión expresada en las urnas comenzó a corroer el principio de efectividad del sufragio. Tras la elección regional de 2010, el gobierno aprobó una polémica ley para la suspensión temporal de autoridades elegidas si la Fiscalía decide la apertura de un proceso. Entre 2010-2014, por la apertura de los procesos fueron suspendidos o renunciaron dos de los tres gobernadores opositores (de nueve en el país), dos de los siete alcaldes opositores de capitales departamentales (de nueve en el país) y varios en importantes ciudades intermedias (Quillacollo, Punata, Warnes, Bermejo, Buenavista, Cotoca). Más allá de que habitualmente el reemplazante de la autoridad suspendida viniese de filas del MAS, esa espada de Damocles indujo a gobernadores y alcaldes opositores a centrarse en la gestión local, bajar su perfil, desentenderse de la política nacional, incluso procurar acercamientos con el oficialismo. Este rasgo fue notorio en el referéndum de la reelección, cuando numerosos alcaldes opositores anunciaron su respaldo al “sí”.

Existe una escasa voluntad de reconstruir un sistema de partidos. Para el MAS, recomponerlo significaría fortalecer a una oposición dispersa y desarticulada, con limitada iniciativa. Además, privilegia los vínculos con los movimientos sociales que le son afines antes que con las otras organizaciones partidarias. Ese tropismo se ilustra incluso en sus candidaturas parlamentarias, para las cuales prefiere líderes



de movimientos sociales, lo que llevó en 2009 y 2014 a reemplazar casi íntegramente a sus congresistas.

En la oposición la figura es distinta pero conduce a un resultado próximo. En una dinámica que recuerda el agotamiento de los partidos Liberal y Republicano, sus principales figuras han concluido su ciclo político, se desmarcan o articulan proyectos al margen de las estructuras partidarias que dirigieron. Banzer falleció en 2002, Sánchez de Lozada se instaló en Estados Unidos tras su renuncia en 2003, J. Paz perdió la prefectural de Tarija en 2005 y se retiró de la política, en 2014 Quiroga se presentó como candidato presidencial del PDC, en el cual no militaba. Se descarta la recomposición del sistema de partidos a partir de las viejas siglas, las autoridades opositoras y sus organizaciones se concentran en la gestión y en afianzar espacios locales de poder como para tener como horizonte la conformación de un sistema partidario nacional.

## VI. CONCLUSIONES: LA COMPETITIVIDAD, LA POLARIZACIÓN Y LA CONCENTRACIÓN DEL VOTO EN EL LARGO PLAZO BOLIVIANO

El recorrido por aproximadamente dos tercios de siglo de la historia del sistema partidario muestra fases. Por influjo de la tradición, por vocación o por el peso de los hechos que en la práctica le dieron todos los instrumentos del poder en un contexto de muy alta movilización social, a partir de 1952 el MNR se convirtió en un partido hegemónico. Sentó su poder en un sistema de competitividad limitada, en especial en las zonas rurales, de aguda polarización con las fuerzas conservadoras unidas en torno a FSB, con un voto muy concentrado a su favor y una elevada participación política y electoral.

Ese sistema se quebró por la intervención militar en 1964, prolongada durante casi dos décadas con breves intervalos constitucionales. Las condiciones se volvieron adversas para el juego partidario, sin anularlo. Según el ala dominante de las Fuerzas Armadas, los políticos y los partidos tenían mayor o menor posibilidad de actuar e influir. Asimismo, la actividad partidaria continuó en la clandestinidad y el exilio y las organizaciones nacidas en ese momento fueron relevantes en el retorno a la democracia.

La salida del esquema militar resultó complicada, caótica y duró cuatro años, con alternancia de golpes de Estado y elecciones. Duran-

te esos comicios, el sistema político y partidario entró en transición. Pese a la polarización alrededor de las huellas de las dictaduras, adquirió inéditos rasgos competitivos que acabaron en los hechos con el secular bipartidismo de partido hegemónico. El voto empezó a disgregarse a pesar del predominio de las familias movimientistas y el entusiasmo por recuperar las elecciones como mecanismo de definición de la titularidad del poder se tradujo en cotas altas de participación.

El asentamiento de la democracia consolidó la competitividad del sistema político y le ofreció garantías para procesos electorales periódicos y limpios. Por primera vez, hubo un esfuerzo por construir un sistema partidario institucionalizado, pluralista, con oportunidades similares para todos los actores, en un empeño próximo al de otras democracias latinoamericanas y con herramientas similares: ley de partidos, financiamiento estatal, reformas partidarias y electorales, profesionalización del organismo electoral, etcétera. La dispersión del sufragio y la atenuación de la polarización fueron el sustrato para la “democracia pactada” de los gobiernos de coalición. Al mismo tiempo, si bien la participación electoral se mantuvo elevada en cualquier comparación internacional, bajó a sus niveles más débiles en más de medio siglo, apenas por encima del 70% durante una década.

Como en Perú o Ecuador, el sistema de partidos no se afianzó. Los partidos que lo construyeron también se identificaron con la economía liberal y cuando creció el descontento con sus rendimientos calificados como insuficientes para mejorar las condiciones de vida o corregir las desigualdades, los electores, en especial de sectores populares, buscaron alternativas en quienes denunciaban de manera simultánea las insuficiencias del sistema partidario y la economía de mercado.

A partir de 2005, Bolivia ingresó en otra etapa. En un sistema partidario colapsado, el MAS adquirió una posición predominante, reunió más de la mitad de los sufragios, con porcentajes que parecían hasta entonces fuera del alcance de cualquier organización, en particular gracias a una sólida implantación rural. Su impulso político conllevó igualmente un alza de la participación electoral que correspondió a la intensa movilización social y política que precedió su llegada al gobierno y acompañó los primeros años de su gestión. La tendencia al comportamiento hegemónico del MAS ha disminuido los espacios de competitividad, complicando la reestructuración del sistema de partidos, y ha contribuido a exacerbar la polarización po-

lítica, social y regional, cuyas facetas se superpusieron, en especial en el primer mandato de Morales.

Este capítulo deja en evidencia la dificultad para construir un sistema de partidos institucionalizado y competitivo. Varias causas explican la limitación. La debilidad de las instituciones genera pocas certezas de largo plazo y escasa confianza mutua entre los actores, y sin ellas es difícil implantar un sistema de partidos vigoroso. Pesa la fragilidad del ideal democrático y, más aún, su ambigüedad. Durante décadas, la democracia tuvo como rival el horizonte revolucionario y quedó muchas veces trunca por los golpes de estado. El retorno a la democracia no zanjó el dilema boliviano entre dos visiones contrapuestas de la democracia: una institucional, basada en procedimientos para la alternancia en el poder, equilibrios, contrapesos y separación de poderes, partidos, comicios limpios; otra, de movilización popular, fundada en la concentración del poder para imponer un proyecto colectivo de fuerte presencia estatal, aún a costa del disenso y de la legalidad, secundarios frente a la legitimidad de la voluntad mayoritaria. En tales condiciones, un sistema de partidos consolidado no es clave, aunque es compatible con organizaciones por sí mismas vigorosas, videntes durante décadas, arraigadas en amplios sectores sociales.

La competitividad política ha sido frágil, aunque en el periodo revolucionario y militar, con una violencia más contenida que el muy cruento promedio latinoamericano, lo que simultáneamente ofreció más espacios de libertad, movimiento y flexibilidad a los actores políticos y limitó el dramatismo de la polarización. Este rasgo es importante para comprender la dinámica política boliviana en una perspectiva comparada.

Si durante la revolución de 1952 el MNR no concebía que la elección terminara en una alternancia y recortaba los parámetros de un régimen pluralista, no provocó un elevado número de víctimas como pudo implicar la magnitud de los cambios, al punto que Huntington explicó que esa razón pesó para su derrocamiento al cabo de un tiempo relativamente corto. En sus provocadoras palabras, “los bolivianos no se sintieron agotados con su revolución y la proclividad de Bolivia a la violencia quedó insatisfecha” (Huntington, 1972: 288-289). Asimismo, los gobiernos militares fueron más moderados que sus pares en la persecución de adversarios y el país no conoció importantes procesos guerrilleros y menos aún esbozos de guerra civil. En la transición a la democracia, la tolerancia benefició al ex presidente

dictatorial Hugo Banzer, cuyo partido, ADN, se convirtió en uno de los pilares del multipartidismo moderado.

En la fase democrática, en especial en la década de 1990, la competitividad política fue manifiesta. Las elecciones se desarrollaron sin manipulaciones, gubernamentales o partidarias, el sistema partidario se mostró inclusivo, la libertad de expresión se ejerció sin restricciones, el respeto a las garantías individuales mejoró. Desde 2005, antiguos problemas han reaparecido bajo un nuevo cariz, con las sospechas sobre las condiciones de la votación en las zonas rurales, la instrumentalización del aparato judicial para acosar adversarios políticos, las intimidaciones contra actores contrarios o independientes del gobierno del MAS.

Si bien no existe un vínculo automático entre la disminución de la competitividad y el aumento de la polarización, sí hay afinidades, relaciones de ida y vuelta, y ambos movimientos se alimentan recíprocamente. Los tiempos revolucionarios del MNR correspondieron a un marcado antagonismo político y una competitividad restringida. La polarización no se limitó a las disputas institucionales, las desbordó: los intentos de golpe de Estado por parte de FSB y los atropellos a los dirigentes y cuadros falangistas alimentaban la espiral del conflicto.

En la apertura democrática, la competitividad mejoró sin que desapareciera la polarización heredada del ciclo militar. En el periodo posterior, coincidieron una competitividad abierta y un relajamiento de la polarización: el sistema partidario discurrió por cauces moderados en un escenario de resultados electorales libres. A partir de 2005, la polarización precedió la puesta en marcha de cortapisas a la competitividad en una dinámica cuyos puntos de llegada aún no se conocen pero que hasta el momento se mueven en las fronteras de marcos institucionales.

La participación política y electoral pareciera aumentar con la polarización y aflojarse en tiempos de apaciguamiento. Si bien los datos del periodo revolucionario requieren un manejo prudente, sugieren una fuerte participación, como si la asistencia a las urnas fuese una de las dimensiones de la mayor movilización social y política de la historia republicana. La participación alcanzó grados significativos en el retorno a la democracia, tiempo de ilusiones y de polarización. En la última década del siglo XX y los primeros comicios del siglo XXI, menguó la participación electoral y el voto se disgregó, en paralelo a una pérdida de pugnacidad entre los partidos sobre las grandes orientaciones nacionales.

El repunte se produjo de la mano de un recrudescimiento de la polarización política, regional y social. El caso boliviano aporta una luz singular al debate sobre las relaciones entre la participación “convencional”, electoral y partidaria, y la participación de protesta, en las calles y social, probando la compatibilidad antes que la exclusión mutua. Tal vinculación se facilitó pues algunas de las figuras emblemáticas de la protesta, Morales o Felipe Quispe, eran jefes de partidos y competían en los comicios. De manera más amplia, Bolivia destaca en América Latina por su participación electoral, como pudo observarse, y por su movilización social, igualmente amplia, intensa y frecuente (LAPOP, 2013: 1).

La polarización y la concentración del voto se vinculan. Durante la polarizada revolución, el voto se concentró detrás del MNR. Ni siquiera cuando el partido se fue fragmentando y el desgaste se acentuó, los votantes encontraron alternativas satisfactorias fuera de la familia movimientista. En la transición, el voto se alejó progresivamente del MNR, aunque sus líderes se continuaron beneficiando de ese apoyo, casi tres décadas después de la gesta revolucionaria. A partir de allí, comenzó una desagregación del voto que correspondió también al establecimiento de un sistema partidario moderado, competitivo y centrípeto.

El voto se reconcentró a partir de 2005, agrupándose detrás del MAS, que como el MNR revolucionario cuenta con su bastión en las comunidades rurales del occidente y centro. Al frente, si bien los componentes de la oposición no hallaron la vía de la unificación, el electorado opositor respalda al partido o candidato que en la oportunidad parezca tener las mejores posibilidades de conseguir la mejor votación frente al MAS, independientemente de la sigla e incluso de su posicionamiento ideológico en el eje izquierda-derecha.

## VII. BIBLIOGRAFÍA

- ALBÓ, Xavier (1993), *¿Y de kataristas a MNRistas?*, La Paz, CEDOIN-UNITAS,
- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel (2006), *Partidos políticos latinoamericanos*, México, Gernika.
- ALENDIA, Stéphanie (2002), “Condepa y UCS, ¿fin del populismo?”, *Opiniones y Análisis*, vol. 57, pp. 85 - 121.

- ALEXANDER, Robert (1991), *International Trotskyism 1929-1985: A Documented Analysis of the Movement*, Duke U. P.
- ANDRADE, Víctor (1979), *La Revolución boliviana y los Estados Unidos, 1944-1962*, La Paz, Gisbert.
- AQUINO, José Ángel (2012), “Reelección presidencial y equidad en las campañas electorales”, *Cuadernos de CAPEL*, pp. 247-278.
- ARCHONDO, Rafael (1991), *Compadres al micrófono*, La Paz, Hisbol.
- BORTH, Carlos y CHÁVEZ, Silvia (2003), *Elecciones 2002*, La Paz, Fundemos.
- CAJÍAS, Beatriz (1998), “1955: de una educación de castas a una educación de masas”, *Ciencia y Cultura*, pp. 42-53.
- CABEZAS RINCÓN, Lina (2010), “Éxito electoral de los partidos políticos en la región andina, 1990-2005”, *Elecciones*, vol. 10, pp. 85-113.
- CABEZAS RINCÓN, Lina (2013), “Evolución silenciosa de una clase política: la experiencia política de los diputados bolivianos 1997-2015”, *Elites Parlamentarias Latinoamericanas*, núm. 50.
- CALLA, Ricardo y CALLA, Hernando (1996), *Partidos políticos y municipios*, La Paz, ILDIS.
- CÉSPEDES, Marcelo (1982), *Los bolivianos, ¿estamos maduros para la democracia?*, La Paz, Khana Cruz.
- CHÁVEZ, Omar y PEÑARANDA DEL GRANADO, Susana (1992), *El MIR entre el pasado y el presente*, La Paz, Gráficas Latina.
- CHOQUE, Marlene (2013), “Paridad y alternancia en Bolivia”, en IDEA y OEA, *La apuesta por la paridad: democratizando el sistema político en América Latina*, Lima, IDEA, OEA, pp. 121-178.
- COCA SUÁREZ ARANA, Paúl (2014), *Manual político para las elecciones generales 2014 y elecciones departamentales y municipal 2015*, Santa Cruz, s/d.
- CORTE NACIONAL ELECTORAL (1997), *Informe al Congreso Nacional – Elecciones Generales 1997*, La Paz, Corte Nacional Electoral.
- COSTA, Jimena (2004), “Participación y representación política de las agrupaciones ciudadanas”, *Opiniones y Análisis*, vol. 71, pp. 39-71.
- COSTA, Jimena y ROJAS, Gonzalo (2004), *Informe de Milenio sobre el acontecer político en Bolivia*, La Paz, Milenio.
- COUFFIGNAL, Georges (1992), “A quoi sert de voter en Amérique Latine?”, en COUFFIGNAL, Georges (dir.), *Réinventer la démocratie*, París, PFNSP, pp. 19-45.
- DAHL, Robert (1998), *La democracia*, Madrid, Taurus.

- DUVERGER, Maurice (2000), *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FERNÁNDEZ, Gustavo (2013), “Espejos y espejismos: las relaciones entre América Latina y Estados Unidos”, *Nueva Sociedad*, vol. 246, julio-agosto, pp. 78-86.
- FREIDENBERG, Flavia y ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel (2009), “Selección de candidatos, política partidista y rendimiento democrático: una introducción”, en FREIDENBERG, Flavia y ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel (eds.), *Selección de candidatos, política partidista y rendimiento democrático*, México, Tribunal Electoral del Distrito Federal, pp. 13-34.
- FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER-POLILAT (2012), *Índice de desarrollo democrático de América Latina*.
- GÁLVEZ, José Luis (2002), “Las encuestas en la campaña electoral, tendencias y resultados”, *Opiniones y Análisis*, vol. 57, pp. 9-45.
- GAMBOA, Franco (2009), *Dilemas y conflictos sobre la Constitución en Bolivia*, La Paz, Fundación Konrad Adenauer.
- GARCÍA, Álvaro *et al.* (2001), *Tiempos de rebelión*, La Paz, Comuna.
- GÓMEZ TAGLE, Silvia (2007), “Las elecciones del 2 de julio en la consolidación del pluralismo mexicano”, en CHERESKY, Isidoro, *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina*, Buenos Aires, Manantial.
- GONZALES, Inés (comp.) (2013), *Biografías: historias de vida en la Asamblea Legislativa Plurinacional*, La Paz, Frederich Ebert, IDEA, Gente Común.
- GRANADO, Juan del (1983), *Artemio Camargo*, La Paz, Papiro.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1987), *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza.
- HUNTINGTON, Samuel (1972), *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós.
- HUNTINGTON, Samuel (1994), *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós.
- HURTADO, Javier (1986), *El katarismo*, La Paz: Hisbol.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS (2002), *Bolivia: mapa de pobreza 2001*, La Paz, Instituto Nacional de Estadísticas.
- KAFKA, Jorge (2005), “¿Sobrevivieron los partidos a la elección municipal?”, *Opiniones y Análisis*, vol. 72, pp. 11-52.

- KLEIN, Herbert (1987), *Historia general de Bolivia*, La Paz, Juventud.
- KLEIN, Herbert (1968), *Orígenes de la revolución boliviana*, La Paz, Juventud.
- KOMADINA, Jorge (2013), “Culturas políticas, democracia interna y conflicto en el Movimiento al Socialismo”, en Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Partidos políticos del Estado Plurinacional*, La Paz, Tribunal Supremo Electoral, PNUD, Embajada de Suecia, pp. 11-42.
- KOMADINA, Jorge (2008), “La estrategia simbólica del Movimiento Al Socialismo”, *Tinkazos*, vol. 23-24, pp. 183-196.
- LAPPOP (2013), *Perspectivas desde el barómetro de las Américas* (93).
- LASERNA, Roberto (1990), “1989, elecciones y democracia en Bolivia”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LII (4), octubre-diciembre.
- LASERNA, Roberto (2004), *La democracia en el ch'enko*, La Paz, Milenio.
- LASERNA, Roberto, GORDILLO José y KOMADINA, Jorge (2011), *La trampa del rentismo... y cómo salir de ella*, La Paz, Konrad Adenauer.
- LATINOBARÓMETRO (2015), *Informe 1995-2015*, Santiago de Chile, disponible en: [www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org).
- LAVAUD, Jean Pierre (1998), *El embrollo boliviano*, La Paz, Hisbol.
- LAZARTE, Jorge (2002), “Tesis de Pulakayu”, en BARNADAS, Joseph (dir.), *Diccionario histórico boliviano*, Sucre, Grupo de Estudios históricos, pp. 1001-1002.
- LAZARTE, Jorge (2011), “El debate sobre el plurinacionalismo en la Asamblea Constituyente de Bolivia”, en KONRAD ADENAUER STIFTUNG, *Reflexión crítica a la nueva Constitución Política del Estado*, La Paz, Fundación Konrad Adenauer, pp. 191-231.
- LOAYZA, Rafael (2011), *Eje del MAS: ideología, representación social y mediación de Evo Morales Ayma*, La Paz, Fundación Konrad Adenauer.
- LOAYZA, Rafael (2015), *Halajtayata: etnicidad y racismo en Bolivia*, La Paz, Fundación Konrad Adenauer.
- MALLOY, James (1989), *La revolución inconclusa*, Cochabamba, CERES, 1989.
- MALLOY, James y GAMARRA, Eduardo (1987), “The Transition to Democracy”, en MALLOY, James y SELIGSON, Mitchell, *Authoritarians and Democrats*, Pittsburgh, Pittsburgh U.P.
- MANSILLA, H. C. F. (1997), *Tradición autoritaria y modernización imitativa*, La Paz, Carasapas-Plural.
- MAYORGA, Fernando (coord.) (1997), *¿Ejemonía? Democracia representativa y liderazgos locales*, La Paz, PIEB.



- MAYORGA, Fernando (2002), *Neopopulismo y democracia: compadres y padrinos en la democracia boliviana, 1988-1999*, La Paz, CESU-Plural.
- MAYORGA, René Antonio (2004), “La crisis del sistema de partidos políticos: causas y consecuencias”, en IDEA, *Partidos políticos en la región andina: entre la crisis y el cambio*, Lima, IDEA, pp. 27-49.
- MAYORGA, René Antonio (1993), “Reforma política y consolidación de la democracia en Bolivia”, en MURILLO, Gabriel, *Hacia la consolidación democrática andina*, Bogotá, Universidad de los Andes, pp. 15-79.
- MESA, Carlos (2008), *Presidencia sitiada: memorias de mi gobierno*, La Paz, Plural.
- MESA, Carlos (2006), *Presidentes de Bolivia entre urnas y fusiles*, La Paz, Gisbert.
- MESA, José de et al. (1997), *Historia de Bolivia*, La Paz, Gisbert.
- MOLINA, Fernando (2006), *Bajo el signo del cambio*, La Paz, Eureka.
- MOLINA, Fernando (2015), “Las relaciones entre los medios y el gobierno de Evo Morales”, *Journal de comunicación social*, vol. 2, pp. 49-80.
- MÖLLER, Edwin (2001), *El Dios desnudo de mi conciencia revolucionaria*, La Paz, Plural.
- MORALES, Juan Antonio (2007), “Desarrollo económico y social: una mirada de conjunto”, *Opiniones y Análisis*, vol. 85, pp. 63-100.
- NOHLEN, Dieter (1999), *Sistema de gobierno, sistema electoral y sistema de partidos políticos*, México, Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación-Instituto Federal Electoral-Friedrich Naumann Stiftung.
- OPORTO, Henry (2009), “¿El padrón biométrico es la garantía de elecciones libres y limpias?”, *Opiniones y Análisis*, vol. 101, pp. 121-138.
- ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS (2009), *Informe de la misión de observación electoral del referéndum divisorio y de aprobación de la nueva Constitución Política*, Washington, OEA.
- PACHANO, Simón (2008), “Los partidos políticos en la Comunidad Andina de Naciones”, en IIDH-ONPE, *Memoria del XIII Curso Interamericano de elecciones y democracia*, San José, IIDH y ONPE, pp. 233-252.
- PEÑARANDA, Martha (2004), *Vida, ritmos y tiempos de ADN*, La Paz, UMSA.
- PEÑARANDA, Raúl y CANDIA, Oswaldo (2009), *Padrón biométrico, una proeza de los bolivianos*, La Paz, Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria.

- PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal (2009), *Juicio político al presidente y nueva inestabilidad política en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PRESIDENCIA DEL H. SENADO NACIONAL (2009), *Elecciones limpias, exigencia ciudadana*, Sucre, Honorable Senado Nacional.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO-ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS (2011), *Nuestra democracia*, México, PNUD-OEA.
- PRZEWORSKI, Adam (1991), *Democracy and the Market*, Cambridge, Cambridge University Press.
- RIVADENEIRA, Raúl (1984), *El laberinto político de Bolivia*, La Paz, Cinco.
- ROCA, José Luís (1999), *Fisonomía del regionalismo boliviano*, La Paz, Plural.
- RODAS, Marcelo (2010), *Marcelo Quiroga Santa Cruz-el socialismo vivido*, La Paz, Plural.
- RODRÍGUEZ, Gustavo (2012a), “Las antinomias del nacionalismo revolucionario”, en ZUAZO, Moira, FAGUET, Jean Paul y BONIFAZ, Gustavo (eds.), *Descentralización y democratización en Bolivia*, La Paz, ILDIS, pp. 87-124.
- RODRÍGUEZ, Gustavo (2012b), “Los mineros de Bolivia en una perspectiva histórica”, en *Convergencia*, vol. 8 (24), enero-abril, pp. 217-298.
- RODRÍGUEZ, Gustavo (2006), *Teoponte: la otra guerrilla guevarista en Bolivia*, La Paz, Kipus.
- ROJAS, Gonzalo (1998), *Censura constructiva, inestabilidad y democracia municipal*, La Paz, ILDIS.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2003), *Geografía electoral de Bolivia*, La Paz, Fundemos.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2007), “La elección presidencial de diciembre de 2005”, en ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (comp.), *Atlas electoral latinoamericano*, La Paz, Corte Nacional Electoral, pp. 45-71.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2009), *Diccionario biográfico de parlamentarios 1979-2009*, La Paz, FUNDAPPAC-KAS.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2010a), “El sistema de partidos boliviano: un paseo por sus tiempos y lugares”, en PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, *Mutaciones del campo político en Bolivia*, La Paz, PNUD, pp. 39-150.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2010b), “En los orígenes del sistema de partidos boliviano: las tres generaciones partidarias del siglo XX”, *Elecciones*, vol. 10, pp. 141-179.

- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2011), “La corta y sobresaltada historia del financiamiento público a los partidos políticos en Bolivia”, en IDEA, OEA, UNAM, *Financiamiento de los partidos políticos en América Latina*, México, IDEA, OEA, UNAM, pp. 93-118.
- ROMERO BALLIVIÁN, Salvador (2012), “Sufragio universal y democracia en Bolivia: una perspectiva de medio siglo”, en GÓMEZ TAGLE, Silvia y SONNLEITNER, Willibald (eds.), *Mutaciones de la democracia: tres décadas de cambio político en América Latina*, México, Colegio de México, pp. 171-204.
- SÁNCHEZ, Antonio (2014), “Agrupaciones ciudadanas: retos y perspectivas en el nuevo contexto nacional”, en ZEGADA, María Teresa y SÁNCHEZ, Antonio, *Partidos políticos y agrupaciones ciudadanas para una democracia intercultural*, La Paz, Tribunal Supremo Electoral, pp. 199-350.
- SARTORI, Giovanni (1996), *Ingeniería constitucional comparada*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.
- SARTORI, Giovanni (1992), *Partidos y sistema de partidos*, Madrid, Alianza.
- SOCIEDAD INTERAMERICANA DE PRENSA (2012), “Conclusiones de la SIP: crímenes contra periodistas y gobiernos arbitrarios e intolerantes son las principales dificultades de la prensa americana” (comunicado de la SIP, abril, disponible en [www.sipiapa.org](http://www.sipiapa.org)).
- STEFANONI Pablo y DO ALTO, Hervé (2006), *Evo Morales: de la coca al Palacio*, La Paz, Malatesta.
- TIBERJ, Vincent (2007), “Le système partisan comme «espace des possibles»”, en HAEGEL, Florence (dir.), *Partis politiques et système partisan en France*, París, Sciences Po, pp. 287-319.
- TOCQUEVILLE, Alexis de (1957), *La democracia en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TOURAINÉ, Alain (1988), *La parole et le sang*, París, Jacob.
- TUESTA SOLDEVILLA, Fernando (2010), *El sistema de partidos en la Región Andina*, Lima, Asamblea Nacional de Rectores.
- ZAVALETA, René (1983), “Las masas en noviembre”, en ZAVALETA, René (comp.), *Bolivia hoy*, México, Siglo XXI, pp. 11-59.
- ZEGADA, María Teresa (2010), “El rol de la oposición política en Bolivia (2006-2009)”, en Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Mutaciones del campo político en Bolivia*, La Paz, PNUD, pp. 151-239.

- ZEGADA, María Teresa (2014), “Organizaciones políticas para una democracia intercultural”, en ZEGADA, María Teresa y SÁNCHEZ, Antonio, *Partidos políticos y agrupaciones ciudadanas para una democracia intercultural*, La Paz, Tribunal Supremo Electoral, pp. 17-199.
- ZEGADA, María Teresa (2002), “Sorpresas de la elección: MAS, NFR, MNR y ADN”, *Opiniones y Análisis*, vol. 57, pp. 47-83.
- ZOVATTO, Daniel (2008), “Regulación jurídica de los partidos políticos en América Latina: lectura regional comparada”, en ZOVATTO, Daniel (coord.), *Regulación jurídica de los partidos en América Latina*, México, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 3-188.
- ZOVATTO, Daniel (2014), *El estado de las democracias en América Latina*, Lima, Jurado Nacional de Elecciones.
- ZOVATTO, Daniel y OROZCO HENRÍQUEZ, Jesús (2008), “Reforma política y electoral en América Latina 1978-2007: lectura regional comparada”, en ZOVATTO, Daniel y OROZCO HENRÍQUEZ, Jesús (coords.), *Reforma política y electoral en América Latina 1978-2007*, México, International Institute for Democracy and Electoral Assistance, UNAM.
- ZUAZO, Moira (2009), *¿Cómo nació el MAS? (la ruralización de la política en Bolivia)*, La Paz, Friedrich Ebert Stiftung.

### *Base de Datos*

Proyecto de Investigación “Elites Parlamentarias de América Latina” (PELA), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1996-2014.

### *Siglas de partidos, movimientos políticos y sociales*

ADN	Acción Democrática Nacionalista
APB	Autonomía Para Bolivia
AS	Alianza Social
COB	Central Obrera Boliviana
CONDEPA	Conciencia de Patria
CN	Convergencia Nacional
FRI	Frente Revolucionario de Izquierda
FSB	Falange Socialista Boliviana
IU	Izquierda Unida

MAS	Movimiento Al Socialismo
MIR	Movimiento de Izquierda Revolucionaria
MIP	Movimiento Indígena Pachacuti
MITKA	Movimiento Indio Tupak Katari
MBL	Movimiento Bolivia Libre
MNR	Movimiento Nacionalista Revolucionario
MNRI	Movimiento Nacionalista Revolucionario de Izquierda
MSM	Movimiento Sin Miedo
MRTK	Movimiento Revolucionario Tupac Katari
MRTKL	Movimiento Revolucionario Tupac Katari de Liberación
NFR	Nueva Fuerza Republicana
PCB	Partido Comunista de Bolivia
PCML	Partido Comunista Marxista Leninista
PDC	Partido Demócrata Cristiano
PIR	Partido de Izquierda Revolucionaria
POR	Partido Obrero Revolucionario
PP	Plan Progreso
PPB	Plan Progreso para Bolivia
PS	Partido Socialista
PS-1	Partido Socialista - 1
UCS	Unidad Cívica de Solidaridad
UDP	Unión Democrática y Popular
UD	Unidad Demócrata
UN	Unidad Nacional